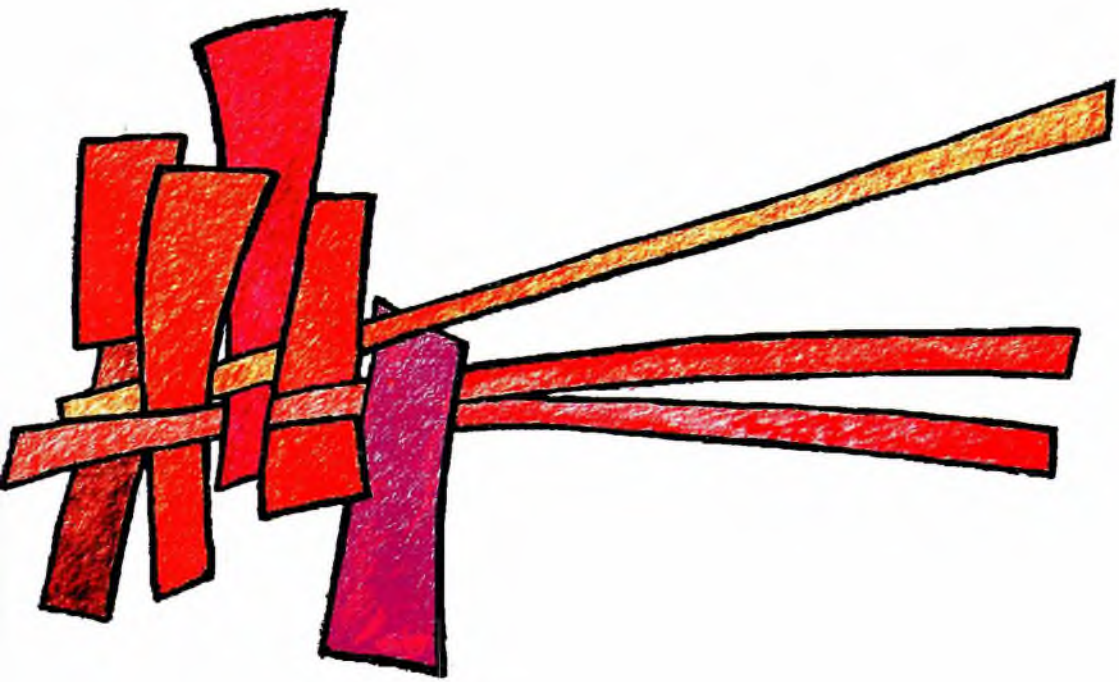

Vicente Lombardo Toledano

LA IZQUIERDA EN LA HISTORIA DE MÉXICO

Centro de Estudios
Filosóficos, Políticos y Sociales
Vicente Lombardo Toledano

Vicente Lombardo Toledano

LA IZQUIERDA EN LA HISTORIA DE MÉXICO

Centro de Estudios
Filosóficos, Políticos y Sociales
Vicente Lombardo Toledano

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS, POLÍTICOS
Y SOCIALES VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

DIRECCIÓN GENERAL
Marcela Lombardo Otero
SECRETARÍA ACADÉMICA
Raúl Gutiérrez Lombardo
COORDINACIÓN DE INVESTIGACIÓN
Violeta Aréchiga Córdova
COORDINACIÓN DE SERVICIOS BIBLIOTECARIOS
Javier Arias Velázquez
COORDINACIÓN DE PUBLICACIONES Y DIFUSIÓN
Fernando Zambrana

Primera edición 1962
Segunda edición 1992
Tercera edición 2004
© CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS, POLÍTICOS
Y SOCIALES VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

Calle V. Lombardo Toledano num. 51
Exhda. de Guadalupe Chimalistac
México, D.F. c.p., 01050
tel: 5661 46 79, fax: 5661 17 87
e-mail: lombardo@servidor.unam.mx
www.centrolombardo.edu.mx

ISBN 968-5721-11-4

COLECCIÓN OBRA TEMÁTICA

La edición y el cuidado de este libro estuvo a cargo
de la Dirección General y de las Coordinaciones
de Investigación y de Publicaciones del CEFPSVLT

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN IV

PANORAMA DE LA
IZQUIERDA EN MÉXICO 1

CUESTIONARIO DEL PERIODISTA
DANIEL VERDIER PARA LA PRENSA EUROPEA 7

LO QUE OPINA LA IZQUIERDA RESPECTO
DE LOS PROBLEMAS NACIONALES EN EL
MOMENTO PRESENTE.
OPINIÓN DE VICENTE LOMBARDO TOLEDANO,
SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO POPULAR
SOCIALISTA, EXPUESTA A LA ESCRITORA SOL ARGUEDAS 15

LAS REVOLUCIONES Y
LOS PARTIDOS POLÍTICOS 23

UNA VEZ MÁS:
¿QUÉ ES LA IZQUIERDA? 35

LA IZQUIERDA EN LA
HISTORIA DE MÉXICO 37

LA IZQUIERDA EN MÉXICO
Y SUS PROBLEMAS 57

ALGUNAS FUENTES PARA
EL ESTUDIO DEL TEMA 59

INTRODUCCIÓN

Con motivo del CX aniversario del natalicio de Vicente Lombardo Toledano, este Centro de Estudios publica, dentro de la colección Obra Temática de Vicente Lombardo Toledano, la tercera edición de su libro *La izquierda en la historia de México*.

Esta publicación contiene entrevistas realizadas al autor y artículos elaborados en los años sesenta, como podrá constatarse por la fecha de cada uno de ellos, relativos a los asuntos concernientes a la situación de la izquierda en México. Tres cuestiones fundamentales son el objeto de estos estudios: la definición y la unidad de la izquierda; la alianza de las fuerzas democráticas en un gran frente nacional para emancipar a México del imperialismo, y la línea estratégica y táctica de la izquierda en un país semicolonial como el nuestro.

Estos materiales tenían como objetivo precisar la opinión de Vicente Lombardo Toledano sobre la definición de la izquierda y quiénes y cómo, desde su punto de vista, deberían trabajar en una acción común para la defensa y el progreso independiente de México.

Este Centro de Estudios considera muy oportuno difundir esta obra ya que, a la luz de la realidad de nuestro tiempo, representa una valiosísima fuente para el estudio, tanto de sus tesis respecto del desarrollo independiente de nuestro país, particularmente de su lucha contra el imperialismo, como sus propuestas de solución a los principales problemas económicos, políticos, sociales y culturales de México y América Latina.

México, D. F., marzo de 2004.

PANORAMA DE LA IZQUIERDA EN MÉXICO

Hay términos que se usan tanto y de tal modo, que andando el tiempo pierden su connotación verdadera y se prestan a confusiones lamentables. Eso ocurre con el concepto de "izquierda" en el terreno político.

¿Qué es la izquierda? Vulgarmente se cree que es toda actitud, personal o colectiva, que se propone juzgar los acontecimientos y señalar los caminos que deben seguirse en un país para hacerlo progresar, de acuerdo con una ideología revolucionaria. Pero esta opinión adolece del grave defecto de dejar íntegro el problema de la definición, porque no hace sino trasladarla, sustituyendo la palabra "izquierda" por la de "revolución". Surge entonces otra pregunta: ¿cuál es la ideología revolucionaria?

En México, desde 1810 —cuando estalla la Revolución de Independencia— hasta hoy, nuestro pueblo ha oído hablar constantemente de "principios revolucionarios". En los últimos años, el empleo de esta expresión ha llenado las páginas de los periódicos, ocupado todas las tribunas —en pro y en contra— y sirve actualmente para arrojarla por algunos contra otros, a manera de brasa ardiendo y para atribuirla a quienes desean el progreso del país, aunque lo entiendan reducido a demandas tan modestas que no merecen sino el calificativo de peticiones de beneficencia pública.

La magia no ha abandonado del todo a la política mexicana. Hay quienes aceptan que una declaración respecto de la izquierda vale en tanto que sea categórica. Si resulta ambigua o tímida, se echan encima de su autor como perros guardianes de un tesoro sagrado; pero si la profesión de fe es rotunda, la aplauden con entusiasmo infantil, porque tienen la convicción de que las palabras se convertirán en realidades vivas como resultado de un conjuro, a semejanza del poder extraordinario que decían poseer los que se empeñaban en transformar el cobre en oro durante la Edad Media. Hay otros que se atribuyen al patrimonio de la izquierda porque se llaman a sí mismos "marxistas" o "marxistas-leninistas" y para que así los consideren arremeten contra quienes les hacen aparente competencia, llamándolos "pequeño-burgueses",

---

Revista *Avante*, órgano de la Dirección Nacional del Partido Popular Socialista. México, D. F., enero de 1961.

"revisionistas", "oportunistas" y otras lindezas, aunque ignoren la filosofía del materialismo dialéctico, no se preocupen por estudiarla y menos aún por aplicarla a la realidad. Estos pequeños magos del izquierdismo, como los otros que actúan por motivos subjetivos o temperamentales, se hallan en el mismo nivel, el que corresponde a la irresponsabilidad y a la ignorancia. Por eso es necesario precisar los conceptos y servirse de ellos para examinar de una manera rigurosa el panorama de la izquierda en México.

Es indudable que en la época en que vivimos existen numerosas personas que están convencidas de que el régimen capitalista no es eterno y que será remplazado, temprano o tarde, por el sistema socialista. Esas personas se encuentran lo mismo entre la gran burguesía que en el seno de la pequeña burguesía, diferenciándose sólo en que los primeros aceptan de mal grado lo inevitable y los segundos con regocijo, pero ni unos ni otros pueden ser considerados, por ese hecho, como elementos de la izquierda.

Hay individuos que se llaman de izquierda porque han estudiado las leyes naturales que rigen el desarrollo del capitalismo y del socialismo, y sirviéndose de ellas explican, con más o menos acierto, los acontecimientos de nuestro tiempo, nacionales, regionales o de carácter mundial, pero se mantienen lejos de la clase obrera y de las masas populares, y se limitan a dar consejos al proletariado, a juzgar la conducta de los que actúan en su seno y de todos los que, bien o mal, se hallan en el combate de las clases sociales y en sus diversos frentes sin rehuir su responsabilidad de militantes de una causa impersonal. Esos individuos, a pesar de su honradez política, no pueden considerarse como factores de la izquierda.

Existen también elementos que por ignorancia del marxismo y por carecer de experiencia, que sólo da la práctica, la lucha cotidiana con la clase trabajadora, inventan la realidad en lugar de estudiarla, y basándose en premisas falsas llegan a conclusiones igualmente falsas, con la pretensión de imponerlas a todos, adoptando una actitud pedante, típica de la pequeña burguesía liberal, siempre propensa al sectarismo, que para "conservar la pureza de los principios" rehuye el contacto con las "masas ignorantes" y con los "políticos profesionales", que pueden amargarles la vida. Esos elementos tampoco pueden ser considerados como soldados de la izquierda.

¿Qué es, en consecuencia, la izquierda? ¿La clase obrera? Quienes han oído decir o leído superficialmente algunos de los textos clásicos del marxismo, en los que se afirma que la clase obrera es la única clase social consecuentemente revolucionaria, aceptan sin análisis esa expresión y la utilizan para su gasto diario. Pero la clase obrera, por el simple hecho de existir, no es revolucionaria. Lenin afirmaba ya en el año de 1920 —en el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, en su discurso acerca del papel del Partido Comunista— que en la época del capitalismo, cuando las masas obreras son sometidas a una incesante explotación y no pueden desarrollar sus capacidades humanas, lo

más característico de los partidos políticos obreros es justamente que sólo pueden abarcar a una minoría de su clase, y que por eso hay que reconocer que sólo esta minoría consciente puede dirigir a las grandes masas obreras y llevarlas tras de sí. Lo cual significa que el proletariado es potencialmente revolucionario; pero que esta cualidad no es congénita ni espontáneamente racional a su propio ser. Significa igualmente que, como lo reiterara muchas veces el mismo Lenin, "el proletariado no puede actuar como clase sino constituyéndose en un partido político distinto"... "porque los partidos socialistas no son clubes de debates, sino organizaciones del proletariado en lucha"... cuya tarea "consiste precisamente en *transformar* la lucha espontánea de los obreros contra los opresores, por medio de la organización de los obreros, la propaganda y la agitación entre ellos, en una lucha de la clase íntegra, en la lucha de un *partido* político definido por ideales políticos y socialistas definidos". (Véanse particularmente, a este respecto, "La bancarrota de la Segunda Internacional", 1915; y "Nuestra tarea inmediata", 1899.) Y en el "Proyecto inicial de resolución del Décimo Congreso del Partido Comunista de Rusia sobre la desviación sindicalista y anarquista de nuestro partido" (marzo de 1921), de una manera clara y precisa decía que sólo el partido de la clase obrera está en condiciones de agrupar, educar y organizar a la vanguardia del proletariado y de todas las masas trabajadoras; el único capaz de contrarrestar las inevitables vacilaciones pequeño-burguesas de estas masas, las inevitables contradicciones y recaídas en la estrechez de miras gremiales o en los prejuicios sindicales entre el proletariado y dirigir el conjunto de las actividades de todo el proletariado, esto es, dirigirlo políticamente y a través de él conducir a todas las masas trabajadoras.

La izquierda, por tanto, la fuerza revolucionaria, la constituye únicamente el organismo político, el partido de la clase obrera. Porque ésta no sólo tiene objetivos inmediatos que lograr, sino también una gran meta histórica: la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y, como resultado de ella, de la lucha de clases, para sustituirla por la socialización de la producción, a través de la dictadura del proletariado, en remplazo de la dictadura de la burguesía, base para la edificación de la sociedad socialista.

La finalidad suprema de la izquierda es llegar al poder, por la vía que las condiciones reales de cada país y las condiciones internacionales indiquen. El cambio del Estado, como fuerza al servicio de la burguesía, por el Estado al servicio de la clase trabajadora. Y esa finalidad sólo se la puede proponer un partido político. Ni los sindicatos ni las organizaciones de campesinos, que son organismos de masas para mejorar las condiciones de vida de sus miembros, ni los partidos que no persigan la extinción del régimen capitalista, aunque sean progresistas, y menos aún los elementos aislados —francotiradores de la revolución— o congregados para fines distintos a la lucha permanente por el advenimiento del socialismo, pueden considerarse como la izquierda

de acuerdo con los principios del marxismo-leninismo. Sólo un partido del proletariado, guía de la clase obrera, capaz de influir decisivamente en ella, de educarla políticamente y de conducirla, puede llamarse legítimamente la izquierda en el seno de los países capitalistas.

Desde el punto de vista estrictamente técnico, una revolución sólo ocurre cuando la clase social que se halla en el poder es sustituida por otra clase social distinta, es decir, cuando se opera un cambio cualitativo en el mando de la sociedad. Por eso las grandes revoluciones de la historia han sido las realizadas contra el régimen esclavista, contra el feudalismo y contra el capitalismo, porque las tres desplazaron del poder a una clase social —los propietarios de esclavos, los terratenientes y la burguesía— y la remplazaron por otra surgida del seno mismo del régimen imperante. Sin embargo, como las revoluciones no alcanzan a veces sus objetivos en una sola jornada, por larga que ésta sea, se acepta llamar movimiento revolucionario al que, después de iniciada la lucha contra el sistema de la vida social que se trata de liquidar, prosigue hasta alcanzar todas sus metas.

Vivimos en una época de revoluciones. Por la independencia política nacional —la de los países coloniales— que implica el advenimiento al poder de los sectores progresistas nacionales, contra el imperialismo extranjero que explota a la población y las riquezas físicas de los países atrasados. Por la independencia económica nacional, la de los países semicoloniales, que une transitoriamente a los sectores antimperialistas —la clase obrera, la pequeña burguesía y la burguesía nacionalista— para liberar al país de su dependencia respecto del extranjero. Por el socialismo, la de los países capitalistas, que realiza la clase trabajadora para socializar los instrumentos de la producción económica, suprimiendo la propiedad privada de ellos y la lucha de clases. Pero en nuestro tiempo esas revoluciones no ocurren como en el pasado, a distancia muy larga la una de la siguiente, porque los movimientos antiesclavistas y antifeudales, democráticos y nacionalistas, se llevan a cabo en un mundo dividido en dos sistemas opuestos —el capitalista y el socialista— cuyas realizaciones en bien de la sociedad han sido ya comparadas por todos, lo mismo que su actitud ante las luchas de los pueblos que tratan de progresar con independencia del exterior. Dentro de este escenario, las revoluciones pueden proponerse varios objetivos a la vez, desde los inmediatos hasta los que en el pasado hubieran sido imposibles, cuando existía un solo sistema de vida social en la Tierra.

Esos movimientos por la independencia nacional, por el desarrollo económico autónomo o por la construcción del socialismo, además de un hondo carácter local, son revoluciones antimperialistas, porque es el imperialismo —la fuerza de los monopolios financieros— el que a ellos se opone y trata de impedirlos. Por esa causa los elementos revolucionarios han aumentado enormemente en nuestra época; pero su eficacia radica en su organización política,

en su encuadramiento en los partidos de la clase social a la que pertenecen. Y como en estas gigantescas batallas, que encierran reivindicaciones múltiples, la clase obrera, guiada por su partido, es la que ocupa el lugar de vanguardia, a este partido corresponde la mayor responsabilidad en la lucha ideológica, en la campaña programática, en la preparación de la acción conjunta de las fuerzas que pueden asociarse, y en la formulación y la aplicación de la línea estratégica y táctica a cada momento.

Considerada la lucha contra la explotación humana, desde este ángulo también, la afirmación de que sólo puede considerarse en nuestro tiempo como la izquierda al partido de la clase obrera, encuentra su cabal confirmación.

En México, la izquierda está representada por los partidos marxistas-leninistas. Estos son el Partido Popular Socialista y el Partido Comunista. No es nuestro propósito examinar aquí sus debilidades y errores, su fuerza real y su influencia en la clase obrera y en la vida política del país. Tampoco nos proponemos salir al paso a la disputa ridícula que ciertos individuos han entablado para saber cuál de esos dos partidos debe considerarse como el legítimo partido del proletariado, considerando su nombre, su antigüedad, su composición social o el origen de sus dirigentes, porque sólo pueden entrar en ese terreno los párvulos de la lucha política que jamás han abierto un libro ni han captado la experiencia de la clase obrera internacional.

El hecho es que hay dos partidos con la misma ideología, con la misma filosofía social y con iguales objetivos; surgidos uno primero y otro muchos años después por el modo peculiar de lucha que ha caracterizado siempre al Partido Comunista y por la forma especial en que se ha desarrollado la vida política en nuestro país, dentro del marco de la Revolución Mexicana iniciada hace medio siglo. Las crisis periódicas y cada vez más graves que el Partido Comunista ha sufrido a lo largo de su existencia, han provocado numerosas expulsiones de sus afiliados, a tal punto que hay más exmiembros del partido que miembros activos en la actualidad. La gran mayoría se dispersó, pero un grupo, dentro del cual se encuentran antiguos dirigentes de la agrupación constituyó el Partido Obrero-Campesino, que después de varios años de disputa violenta con la dirección del Partido Comunista, ha llegado con ésta a un *modus vivendi*, quedando planteada, sin solución hasta hoy, la cuestión relativa a la reincorporación de sus miembros en el antiguo partido. Por esto, para los fines de una apreciación panorámica de la izquierda, sólo mencionamos al PPS y al PC, sin negar que el POC es un hecho también y que, independientemente de su suerte final, forma parte de la izquierda mexicana.

Si se analiza de una manera objetiva y crítica el atraso político de la clase obrera en México, la división del movimiento sindical, la presencia prolongada al frente de muchas de las agrupaciones de masas de dirigentes corrompidos, sin principios y sin ningún deseo de servir a los intereses de clase del proletariado, se tiene que llegar a la conclusión de que la causa principal de esta

situación se debe a la falta de un partido marxista-leninista que hubiera aprovechado las condiciones extraordinariamente favorables para su organización en los largos años del desarrollo de la Revolución. Pero el análisis de la situación lleva fácilmente al convencimiento de que es posible la creación de un solo partido de la clase obrera en México, porque las condiciones son propicias para alcanzar este propósito.

Es indudable que uno de los factores que han contribuido a que muchos obreros y miembros de la pequeña burguesía intelectual se hayan abstenido de afiliarse a los partidos de la clase trabajadora, es la falta de unidad de los grupos y partidos marxistas-leninistas. Esos elementos, indudablemente valiosos, deben comprender, sin embargo, que su tarea revolucionaria consiste en ayudar a la unidad de quienes piensan y actúan de la misma manera, y el de incorporarse en cualquiera de los partidos existentes para actuar en el partido único después, prestándole la ayuda de su capacidad personal. En los países coloniales y semicoloniales, los elementos intelectuales de ideas avanzadas han prestado y siguen prestando eminentes servicios a la clase obrera, al pueblo y a la causa de liberación nacional, pero encuadrados en los partidos políticos, porque por muy estimable que sea su opinión, nacida de sus preocupaciones y estudios individuales, sólo el contacto constante con la clase obrera, sus intereses y sus objetivos, puede permitirles corregir las lagunas o las desviaciones de sus concepciones teóricas y enriquecerlas.

El gran problema que ha dividido a los partidos y grupos marxistas-leninistas en México, desde hace muchos años, no es la cuestión de los principios, sino de la línea estratégica y táctica que deben seguir. Cuando esta línea difiere porque no es el resultado de un análisis colectivo de la realidad, no puede haber acción común eficaz porque, en la práctica, cada partido o grupo, a la luz de sus propias concepciones de los problemas concretos, trata de resolverlos de un modo peculiar sin coincidir con los otros.

Sólo el examen exhaustivo de la realidad, de acuerdo con los principios del marxismo-leninismo, puede llevar a los partidos de la clase obrera en México a la unidad de acción. Y la premisa de toda la acción común es el trato fraternal y sincero entre los partidos. Porque mientras se sigan manejando adjetivos injuriosos por algunos elementos del PC o del POC contra el Partido Popular Socialista, y se emplee la calumnia sistemática para reducir su influencia o para confundir a sus miembros y simpatizantes, es claro, como la experiencia lo ha demostrado y lo prueba todos los días, que no puede haber discusión fructífera entre los partidos, en un ambiente de violencia verbal sectaria que no conduce sino al aislamiento de quienes emplean ese lenguaje.

México, D .F., enero de 1961.

CUESTIONARIO DEL PERIODISTA DANIEL VERDIER PARA LA PRENSA EUROPEA

Existen en México tres partidos políticos que se declaran "marxistas-leninistas". ¿A qué se puede atribuir esta división, principalmente?

¿Particularmente, cuáles fueron los propósitos del Partido Popular cuando fue creado y cuáles fueron las razones que impidieron que, lógicamente, al declararse marxista-leninista y transformarse en Partido Popular Socialista, se uniera orgánicamente o por lo menos durante una primera etapa, dentro de una especie de "frente unido" con el Partido Comunista Mexicano?

Los tres partidos que se declaran marxistas-leninistas en México son, por su antigüedad, el Partido Comunista Mexicano (PCM), el Partido Obrero-Campesino (POC) y el Partido Popular Socialista (PPS).

El PCM tiene más de treinta años de existir. Surgido en un momento de grandes posibilidades para que se organizara y se desarrollara de manera importante un partido de la clase obrera, por el movimiento revolucionario que transformó sustancialmente la estructura económica secular de México, los fundadores del PCM no apreciaron en su verdadera significación lo que ocurría en el país en todos los órdenes de la vida social, y se limitaron a organizar un partido que, en lugar de mirar hacia adentro se ocupaba principalmente de las cuestiones internacionales, con un criterio cerrado y sectario. Este defecto de origen ha tenido muchas repercusiones a lo largo de la vida del PCM y todavía hoy no ha superado de una manera definitiva esas trabas. A este respecto, se podrían citar numerosos ejemplos de errores graves cometidos por desviaciones sectarias y en algunas ocasiones también por desviaciones de derecha. La fuente más autorizada sobre el particular, es la serie de resoluciones de las diversas reuniones del comité central y de los congresos del PCM a lo largo de los años. En esos documentos oficiales constan los hechos y los acuerdos del partido, que se rectifican uno tras otro.

El POC se formó con elementos expulsados del PCM. Durante muchos años el POC era visto por el PCM como un grupo de "revisionistas", "antimarxistas", etcétera; pero después se consideraron algunas de las expulsiones como equivocadas y ciertos elementos que formaban parte del POC reingresaron al

Partido Comunista. El POC se mantuvo como una agrupación fiel a los principios del marxismo-leninismo, solicitando su reingreso al PCM en grupo, para rehacer la unidad en las filas del PCM, pero éste nunca aceptó la proposición y adoptó la actitud ya mencionada, sin perjuicio de que en determinadas épocas el PCM y el POC trabajaron como dos organizaciones independientes, pero juntas ante determinadas cuestiones.

En la actualidad el POC está en relaciones con el Partido Popular Socialista para ingresar en éste. En unos cuantos meses más se habrá realizado la unidad, hecho que va a facilitar la unidad más amplia todavía: la del PPS y la del PCM.

El Partido Popular no nació como un partido marxista-leninista, sino como un partido democrático y antimperialista, con el propósito de aumentar los instrumentos de lucha por la liberación de México respecto del imperialismo norteamericano y, también, para ampliar el régimen democrático del país y luchar por objetivos de la Revolución Mexicana olvidados por el gobierno de aquella época, el del Presidente de la República, Miguel Alemán.

Antes de que surgiera el Partido Popular, sus iniciadores, principalmente Vicente Lombardo Toledano, que ha sido un militante de la clase obrera desde los años de estudiante en la Universidad Nacional de México, discutieron con el Partido Comunista Mexicano y con otras organizaciones y personalidades de la vida pública del país la conveniencia de organizar ese partido con el objeto de ampliar el frente democrático contra el imperialismo. Con este fin hubo una reunión muy importante que se llamó Mesa Redonda de los Marxistas Mexicanos, convocada por Vicente Lombardo Toledano, a la que asistió el PCM. Al final de la reunión se convino en que era absolutamente indispensable la creación de un nuevo partido político con las características indicadas. Así surgió el Partido Popular, en el año de 1948.

Inmediatamente después de creado el Partido Popular se enfrentó al poder público por una serie de errores que éste cometió y que dañaban gravemente los intereses económicos del pueblo. En 1952, la Asamblea Nacional del PP resolvió tener un candidato propio a la Presidencia de la República. Este candidato fue Vicente Lombardo Toledano. Su candidatura fue apoyada por el Partido Comunista Mexicano, con el cual el Partido Popular hizo un pacto escrito en una asamblea nacional de importancia. El Partido Obrero Campesino apoyó también la candidatura y firmó con el PP un pacto semejante.

Los dirigentes del Partido Popular consideraban que la campaña electoral de 1952 era ya el principio de un "frente unido" con el Partido Comunista, no sólo para la lucha electoral, sino para todas las labores que los dos partidos debían realizar juntos. Desgraciadamente, durante la campaña electoral los dirigentes del PCM no rompieron las relaciones que tenían con el candidato a la Presidencia, general Miguel Henríquez Guzmán, militar sin ligas con el pueblo, y que después se ostentaría como verdadero elemento dispuesto a servir los intereses del imperialismo norteamericano. El mismo día de las

elecciones, el 6 de julio de 1952, antes de que se supiera el resultado de la votación en la Ciudad de México, la dirección del Partido Comunista Mexicano hizo declaraciones en el sentido de que el general Miguel Henríquez Guzmán había triunfado democráticamente. Esta declaración falsa y desleal hacia el Partido Popular suspendió durante algunos años las relaciones entre los dos partidos.

Por la dinámica misma del Partido Popular y fundamentalmente por el hecho de que Vicente Lombardo Toledano y otros de los dirigentes del partido sustentaban hacía muchos años la doctrina del socialismo científico, el Partido Popular fue sufriendo transformaciones internas. En la reunión del consejo nacional del mes de abril de 1955 se aprobó la tesis de que el partido adoptaba el marxismo-leninismo como su guía ideológica y postulaba la democracia del pueblo como su meta política y, en el futuro, la edificación del régimen socialista. Estas resoluciones fueron acogidas con gran entusiasmo por todo el partido, hasta que en la Tercera Asamblea Nacional, realizada en octubre de 1960, con la aprobación unánime de los delegados se transformó en Partido Popular Socialista. Uno de los acuerdos de la Asamblea Nacional fue el de luchar por la unidad de acción inmediata con el Partido Comunista y también con el POC. Sin embargo, la dirección del PCM puso muchos obstáculos para realizar la unidad. Entre otros, ante las elecciones generales del año de 1958, postuló a un candidato propio a la Presidencia de la República, un elemento antisoviético, católico militante, enemigo del general Lázaro Cárdenas y con otras taras ideológicas, que se convirtió en el hazmerreír del pueblo mexicano.

Después de las elecciones, la dirección del PPS propuso a la del PCM y a la del POC conversaciones para discutir el panorama político del país y llegar a acuerdos con el propósito de marchar juntos. Otra vez se presentaron obstáculos, por desviaciones de tipo sectario, en la dirección del PCM, y es hasta hace unas semanas cuando han vuelto a hablar de la conveniencia de reanudar las conversaciones con el fin de marchar juntos, pero con muchas reservas.

Las condiciones objetivas de México son las mismas para los tres partidos de que se trata. No hay más que un análisis marxista-leninista de estas condiciones.

a) ¿Llegan, los tres partidos, al mismo análisis? ¿Cuál es el análisis del PPS respecto al PRI y al gobierno por su política interna e internacional con relación a los propósitos de la Constitución de 1917? ¿Cuáles son las conclusiones que el PPS saca de este análisis para definir sus relaciones con el PRI y el gobierno?

b) ¿Cuáles son las conclusiones a que llegan PCM y el POCM y cuáles son las discrepancias de carácter estratégico o táctico entre los tres partidos?

Se va a iniciar el examen de las condiciones objetivas de México por el PPS y el PCM. En cuanto al POC, está de acuerdo, como dije antes, con la caracterización de la situación que ha hecho el PPS.

El PPS considera que el actual gobierno de México es un gobierno integrado por elementos de la burguesía nacionalista, no homogéneo y lleno de contradicciones, tanto internas como exteriores. Porque en el seno del gobierno hay elementos que piensan en el desarrollo económico del país con independencia completa del imperialismo, y otros partidarios de mayores concesiones al imperialismo. A juicio del PPS, el mejor elemento del gobierno es el presidente Adolfo López Mateos. Tiene colaboradores de cierta eficacia y otros malos. Algunos de ideas avanzadas y otros de espíritu conservador.

Los tres principales aspectos positivos del actual gobierno son: el desarrollo de la política de nacionalización de los recursos naturales del país y de las principales ramas de la industria y de los servicios públicos; la puesta en marcha nuevamente de la Reforma Agraria, y su política internacional.

Por lo que toca al proceso de la nacionalización, se han hecho reformas a la Constitución de la República y a algunas leyes, con el fin de hacer imposible que los particulares exploten determinados recursos o puedan utilizarlos para formar negocios privados, y con el objeto de que sólo el Estado maneje algunas industrias básicas. Este es el caso del petróleo y de sus derivados, lo mismo que de la electricidad. En la actualidad, el Estado tiene en sus manos las siguientes industrias básicas: la del petróleo, la petroquímica, la electricidad, la mayoría de la industria del fierro y del acero. Posee también los ferrocarriles, la mitad de la aviación civil, numerosas fábricas de productos importantes, como la de carros de ferrocarril, los abonos y fertilizantes para la agricultura, el papel para periódico y otros, así como centros productores de azúcar, de hilados y tejidos y otros más, que en conjunto suman alrededor de 400 empresas del Estado, que constituyen la fuerza económica más importante del país en las actividades mencionadas.

Entre los servicios públicos de mayor significación, aparte de los transportes y las telecomunicaciones, se ha impulsado en los últimos años uno muy valioso: el de la seguridad social y de los seguros sociales, que no sólo compensan y atienden los riesgos del trabajo, sino las enfermedades comunes para los trabajadores y sus familias, el problema de la habitación popular y otorgan compensaciones por retiro e indemnizaciones por causas de invalidez y de vejez.

Mientras que en otros países semejantes a México los seguros sociales se restringen, aquí se han ampliado, empezando a llevarlos a la población rural y se han aumentado las prestaciones y los servicios para los trabajadores del Estado.

Con relación a la Reforma Agraria, a pesar de todas sus fallas, porque muchos de los terratenientes que tienen en sus manos la agricultura capitalista son elementos surgidos de la corriente gubernamental, se han dado, sin embargo, pasos importantes. Los latifundios que quedaban en poder de extranjeros han sido casi liquidados; se ha ampliado el concepto que se tenía

tradicionalmente del *ejido*, como centro dedicado exclusivamente a la producción agrícola, y están surgiendo los ejidos ganaderos y también las industrias necesarias para transformar algunos de los productos directos del campo.

En política internacional, con ciertas vacilaciones y contradicciones, la posición de México ha sido clara. En especial sobre dos problemas: el del desarme y la paz, acerca del cual, en su último mensaje dirigido al Congreso, el Presidente de la República expresó: "México es un país *independiente*, al margen de la Guerra Fría y no formará parte de ningún bloque que tenga el carácter de agresivo". Otro aspecto es el de las relaciones con Cuba: el gobierno mexicano ha defendido invariablemente el principio de autodeterminación del pueblo cubano y el de no intervención. Gracias a esta actitud fue posible, junto con el Brasil, que en Punta del Este no lograra el gobierno de Washington ni la aplicación de sanciones económicas ni diplomáticas al gobierno de Cuba, ni tampoco que fuera expulsada del seno de la Organización de los Estados Americanos.

En cuanto al PRI, el Partido Popular Socialista no lo considera como un verdadero partido político, sino como un instrumento electoral del poder público. El PRI tiene masas que no están afiliadas permanentemente a él, pero las mueve a través del aparato gubernamental y de los líderes sindicales y campesinos que manejan algunos sectores de la clase obrera y de las masas rurales.

En suma, la orientación general del actual gobierno es la de un gobierno nacionalista, con debilidades frente al imperialismo, pero que no puede ser calificado de ninguna manera como instrumento del imperialismo. Es un gobierno combatido por las fuerzas reaccionarias que encabeza la Iglesia católica, no por sus fallas y errores, sino por sus aciertos. Quienes conocen la historia del pueblo mexicano saben bien que cuando hay una ofensiva de las fuerzas clericales y de sus aliados —la banca privada, los terratenientes, los industriales y comerciales ligados al imperialismo yanqui— es porque el gobierno está dando pasos en sentido progresista. Esto es lo que ocurre en la actualidad, además de que la ofensiva clerical obedece también a las ligas que tienen el Vaticano y el imperialismo yanqui.

La discrepancia fundamental que existe entre el PPS y el PCM caracterizando al gobierno, es que mientras el PPS considera que el principal enemigo del país es el imperialismo yanqui, el PCM estima que el principal enemigo del progreso y de las libertades democráticas del país es el actual gobierno. Sobre este particular se han iniciado, como ya se dijo, conversaciones preliminares entre el PPS y el PCM. Por eso no se puede decir todavía cuáles posibilidades existen de llegar a una línea común estratégica y táctica entre los dos partidos. No obstante esto, el PPS ha hecho muchos esfuerzos por atraer al PCM a una lucha consecuente y unificada. Frutos de este empeño son, entre otros, el mitin realizado el 21 de enero por los tres partidos en defensa de Cuba y por una

posición justa en la Reunión de Cancilleres de Punta del Este, y las recientes declaraciones de los mismos tres partidos respecto de los presos políticos.

En el número 18-19 de la revista Avante *se lee: "Después de mucho tiempo de resistencia; el Partido Popular Socialista ha logrado que se inicien las discusiones entre los tres partidos para examinar a fondo el panorama de nuestro país y llegar a conclusiones unánimes..." ¿Cuáles son los resultados actuales de estas discusiones? ¿Se prevé a breve plazo una unificación de los tres partidos?*

La pregunta está contestada en la respuesta a la anterior.

¿Por qué el PPS *permanece fuera del Movimiento de Liberación Nacional (*MLN*), mientras usted subraya la necesidad de "una alianza, no sólo de las fuerzas revolucionarias, sino también de las simples fuerzas democráticas"? (Discurso pronunciado el 21 de enero y reproducido en el número 18-19 de* Avante.*)*

El PPS consideró, después de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, que debía crearse un organismo integrado por todas las agrupaciones democráticas y antimperialistas del país, de carácter político, sindical o cultural, y dirigido por representativos de esas mismas fuerzas a fin de aplicar las conclusiones de la Conferencia Latinoamericana y crear, en la práctica, de este modo, una alianza de las fuerzas no sólo revolucionarias sino democráticas. En otras palabras, el Partido Popular Socialista estima que si se trata de liberar a la *nación,* deben concurrir en este esfuerzo, en la práctica, todas las fuerzas y organizaciones que por cualquier motivo se opongan a la influencia del imperialismo norteamericano en la vida interior de México.

Pero el MLN no fue organizado de acuerdo con esta idea, sino con todas las características de un partido político y, además, de un partido de izquierda. Para el PPS es indudable que la nación mexicana está integrada, no sólo por la izquierda, sino por multitud de elementos y de fuerzas sociales que no son partidarias del socialismo y del comunismo, pero que luchan en contra del imperialismo o por lo menos resisten al imperialismo de una manera sistemática. Oportunamente el PPS hizo saber su opinión a los organizadores del MLN, pero insistieron en que ese organismo debía estar compuesto por personas físicas, por afiliaciones individuales, y que las organizaciones sociales y políticas no deberían formar parte de la agrupación. En estas condiciones, el PPS no ha participado en el MLN, porque para sus afiliados se trataría de una doble militancia política, pues el MLN interviene en cuestiones concretas que nada tienen que ver con los problemas de la liberación de la nación mexicana. El PPS seguirá insistiendo, sin embargo, en que se le dé al MLN el carácter de un organismo amplio, coordinador de todas las agrupaciones corrientes y perso-

nalidades democráticas; en defensa de la Constitución de la República y que luche consecuentemente y con eficacia en contra del imperialismo y su intervención en México.

¿Existen actualmente posibilidades de reunificación de unos o todos los sindicatos?

Hay movimientos tendentes a la unidad de los sindicatos obreros en México. Sería muy largo explicar el proceso; pero las masas trabajadoras están resueltas a la unidad, pasando por encima de sus líderes, la mayoría de los cuales no han servido sino para frenar en los últimos años las demandas de los trabajadores y algunos también para subordinar a los sindicatos a la dirección reaccionaria de la *American Federation of Labor* y del *Congress of Industrial Organizations*, de los Estados Unidos.

¿Cuáles son las perspectivas abiertas en México para que se aprovechen las condiciones revolucionarias que existen en el país? ¿Son estas condiciones aprovechables en un futuro próximo para cambios importantes en la política mexicana y en su régimen?

Existen perspectivas ya abiertas para que México siga marchando adelante y, como consecuencia, para que haya cambios en la política nacional y en su régimen. Todo depende de que se entienda bien que las condiciones peculiares de México deben ser materia de un estudio serio y de que los objetivos de las fuerzas revolucionarias del país deben proponerse objetivos propios, tomando en cuenta el desarrollo que el país ha logrado, sobre la base de la unidad de la clase obrera y, también, de la acción común de todas las fuerzas políticas avanzadas o por lo menos de la mayoría de ellas. Pero estos objetivos posibles deben tener el punto de partida que representa la unidad del Partido Popular Socialista, del Partido Comunista Mexicano y del Partido Obrero Campesino, porque con opiniones distintas acerca de las condiciones reales de México, de sus posibilidades objetivas y de lo que la burguesía nacional representa en el poder, no es posible dar pasos firmes en el sentido de la lucha unificada.

México, D. F., 2 de abril de 1962.

LO QUE OPINA LA IZQUIERDA RESPECTO DE LOS PROBLEMAS NACIONALES EN EL MOMENTO PRESENTE. OPINIÓN DE VICENTE LOMBARDO TOLEDANO, SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO POPULAR SOCIALISTA, EXPUESTA A LA ESCRITORA SOL ARGUEDAS

¿Cómo debe ser considerada la izquierda en México? ¿Quiénes la integran?

La izquierda, considerada desde el punto de vista general, es una actitud ideológica consistente en luchar por la transformación del régimen social basado en la propiedad privada de los instrumentos de la producción económica y del cambio. Desde el punto de vista concreto, la izquierda, que sólo existe en los países capitalistas, es el partido de la clase obrera. Los demás partidos pueden ser organizaciones progresistas, pero no se pueden confundir con la izquierda, porque ésta —el partido— tiene objetivos inmediatos y futuros. Los inmediatos son la organización política de la clase trabajadora con sus metas particulares de cada momento, y los futuros son el establecimiento del socialismo. Esos objetivos deben ser alcanzados a la luz de los principios del materialismo dialéctico y de la línea estratégica y táctica que de esa filosofía se desprende, de acuerdo con el país de que se trate y en una etapa histórica determinada.

¿A qué se debe que no exista un solo partido de la clase obrera en México? ¿Cuáles son las causas de la división de las fuerzas marxistas-leninistas?

No existe un solo partido de la clase obrera de México, porque ha habido discrepancias que no son de principio, sino de concepción de la vida nacional, principalmente entre el Partido Comunista Mexicano y el Partido Popular Socialista. Mientras esas discrepancias no desaparezcan, es decir, mientras no se llegue a una concepción única en cuanto a las causas fundamentales del

---

Sol Arguedas pubicó el libro *¿Qué es la izquierda mexicana?*, México, D. F., 1962, sin editor, en el que reúne las opiniones de: Vicente Lombardo Toledano por el Partido Popular Socialista; Manuel Terrazas, por el Partido Comunista Mexicano; Carlos Sánchez Cárdenas, por el Partido Obrero-Campesino Mexicano; José Revueltas y Eduardo Lizalde, por la Liga Leninista Espartaco; J. Trinidad Estrada, por el Consejo Nacional de Ferrocarrileros; Alonso Aguilar, por el Movimiento de Liberación Nacional; José Luis Ceceña, economista, y Carlos Fuentes, escritor.

panorama económico, social y político del país, es difícil inclusive la unidad de acción de los dos partidos.

¿Qué posibilidades hay de la unidad de todas las corrientes marxistas-leninistas?

El Partido Popular Socialista ha estado insistiendo desde hace mucho tiempo en la necesidad de la discusión conjunta entre los tres partidos marxistas-leninistas —el PPS, el PCM y el POC— con el propósito de llegar a conclusiones fundamentales y colectivas respecto de los problemas más importantes del pueblo y de la nación, y acerca de la forma de resolverlos. El POC está de acuerdo ya con el PPS y esperamos que el PCM reanudará con nosotros la discusión muchas veces interrumpida.

¿Cuáles deben ser los objetivos inmediatos de la izquierda como representante de la clase obrera?

Los objetivos inmediatos de la izquierda deben ser: el desarrollo económico de México, especialmente la industrialización del país con independencia completa del extranjero; la elevación constante del nivel de vida del pueblo; la existencia de un régimen democrático que permita a todos los partidos estar representados en los cuerpos colegiados, en los que radica la soberanía popular: los ayuntamientos de los municipios, las legislaturas locales y las Cámaras del Congreso de la Unión; el cumplimiento fiel de la Constitución y, sobre todo, el respeto a las garantías individuales y sociales que forman su base y su objeto.

¿Cuál es la meta inmediata y fundamental de la lucha de todas las fuerzas democráticas de México, dada su condición de país semicolonial e influido económica y políticamente por el imperialismo norteamericano?

O México se desarrolla de acuerdo con el capital nacional y toma al capital extranjero con condiciones expresas, como un simple coadyuvante del desarrollo propio nuestro, o nuestro país tiene que ir cediendo posiciones al capital extranjero, en cuyo caso nada importante y permanente se puede lograr para liberar a la nación respecto del imperialismo norteamericano. Por esta causa, el PPS ha propuesto, desde hace tiempo, una serie de medidas que tiendan a lograr la finalidad antes expuesta: una ley sobre las inversiones extranjeras, la nacionalización de las instituciones de crédito particulares, la difusión del comercio exterior de nuestro país, etcétera.

Si es posible integrar un gran frente nacional, democrático y antimperialista, ¿qué fuerzas deben integrarlo?

El PPS, desde que se fundó como Partido Popular, hace catorce años, propuso la creación de un gran frente nacional democrático y antimperialista, integrado no como un organismo permanente, sino como una coalición o concurrencia de las fuerzas patrióticas para lograr la solución adecuada y justa de problemas concretos que interesan vitalmente al pueblo y a la nación. Así concebido el frente nacional, es fácil entender que deben integrarlo todas las fuerzas, sin excepción, que estén de acuerdo en el logro de objetivos precisos, aun cuando entre esas fuerzas haya, como es natural que exista en un país capitalista, discrepancias ideológicas y antagonismos de clase.

¿Cuál es la tarea de la izquierda en la formación y en la dirección del frente nacional democrático?

El frente nacional democrático no puede ser un frente de la izquierda, porque la izquierda representa sólo a un sector de la opinión pública. Si de lo que se trata es de liberar a la nación mexicana del imperialismo, es necesario que concurran en el frente nacional todas las fuerzas que, por cualquier motivo, se enfrentan, aun cuando sea de una manera transitoria, a los propósitos del imperialismo. La izquierda debe ser la promotora y la vanguardia del frente nacional democrático, pero no debe aspirar a imponerle a los sectores de la pequeña burguesía y de la gran burguesía su juicio en cuanto al método de lucha de cada una de ellas, sino vigilar que todos cumplan con la finalidad de luchar en común por metas determinadas. En otras palabras, la izquierda debe ser el motor de la formación del frente nacional democrático y, al mismo tiempo, la fuerza que vigile y dirija el funcionamiento de esta gran asociación de las fuerzas democráticas y patrióticas.

¿Cómo calificar a la burguesía mexicana en sus diversos sectores respecto del progreso económico independiente del país?

La burguesía mexicana está dividida en tres sectores principales: a) la que se halla en el poder y se apoya económicamente en las empresas en poder del Estado; b) la burguesía integrada por capitalistas nacionales, sin ligas con el extranjero, y c) los sectores de la burguesía mexicana ligados a los monopolios del exterior. La burguesía mexicana no es, por tanto, una clase social homogénea ni compacta, sino que hay entre los elementos que la forman discrepancias fundamentales por causas de sus intereses opuestos.

Concretando la cuestión anterior, ¿cuáles son las fuerzas de la burguesía que están ligadas al imperialismo y cuáles son las que se oponen o, por lo menos, resisten al imperialismo?.

Las fuerzas de la burguesía independientes del Estado, pero ligadas al imperialismo, son aquellas que no luchan porque México progrese con independencia del exterior, sino que consideran que sin la intervención del capital extranjero, no importa en qué actividad, nuestro país no puede progresar ni el pueblo alcanzar su nivel de vida superior. Estas fuerzas son las que integran las confederaciones de patrones, de comerciantes y de industriales, la mayor parte de los bancos privados, las compañías de seguros y los mercaderes dedicados, como agentes de los monopolios extranjeros, al comercio interior y al comercio internacional.

Las fuerzas de la burguesía que resisten al imperialismo están representadas en México por la Cámara Nacional de la Industria de Transformación y por numerosos elementos de la pequeña y media burguesía del campo y de la ciudad: industriales y comerciantes, artesanos, agricultores y ganaderos y, dentro de este sector, los campesinos que han recibido tierra de acuerdo con la Reforma Agraria. Existen, además, otros elementos que tienen una actitud antimperialista, aunque muy débil, como los elementos de las llamadas clases medias: profesionistas, empleados, etcétera.

¿Se puede considerar al gobierno actual de México como un régimen integrado por personas con la misma ideología frente al problema fundamental de la emancipación del país respecto del imperialismo?

Es evidente que el gobierno actual, como todos los gobiernos que ha habido en nuestro país desde 1910 hasta hoy, no han sido gobiernos homogéneos. Porque para que esto hubiera ocurrido habría sido necesario que quienes los han formado tuvieran una misma preparación filosófica y pertenecieran a la misma clase social. Por otra parte, en los últimos treinta años, a medida que nuestro país ha entrado en el desarrollo económico moderno, muchos de los elementos llamados revolucionarios han pasado de las filas de la lucha en defensa del pueblo a las de la burguesía, y es natural comprender que estos elementos no piensan de la misma manera que quienes todavía defienden los ideales del pueblo y los intereses de la nación. Por esta causa, el actual gobierno está integrado por elementos progresistas, nacionalistas y, también, por personas que participan del pensamiento de los sectores de derecha de la burguesía nacional.

¿Cuál es el apoyo económico principal de los elementos nacionalistas que están en el gobierno y cuál es el de los elementos que no están de acuerdo en la liberación del país respecto del imperialismo?

El apoyo principal de los elementos nacionalistas es el conjunto de las empresas que pertenecen al Estado. Es decir, la fuerza económica de la nación que

ha roto con los principios del liberalismo del siglo XIX. Las empresas estatales en México son una forma importante de oposición al imperialismo extranjero, que durante mucho tiempo tuvo en sus manos el petróleo, la electricidad, el carbón mineral y el fierro y el acero. El deber de los revolucionarios mexicanos es el de consolidar este conjunto de empresas, impulsarlas y ampliarlas, porque sólo partiendo de ellas es posible establecer una política económica independiente del exterior. En cuanto a los elementos gubernamentales que no luchan por la liberación de nuestro país del imperialismo, cuentan con el apoyo de los numerosos agentes de los monopolios extranjeros.

¿De qué manera práctica se puede llegar a la asociación de todas las fuerzas patrióticas, democráticas y antimperialistas? ¿Se trataría de un organismo permanente, con un programa fijo y estatutos o de una alianza para objetivos concretos?

Ya he dicho antes que no es posible concebir, en las actuales circunstancias, la asociación de las fuerzas democráticas y antimperialistas en un organismo permanente. Lo importante es la acción común de todas las fuerzas y no programas fijos y estatutos que separan, por las razones ya explicadas, a los diversos sectores u organismos que deben formar el frente patriótico y democrático.

¿Cuál es el deber de los elementos que se consideran partidarios de la clase obrera y de la doctrina del socialismo científico y que no están encuadrados en los partidos políticos de la clase obrera? ¿Pueden o deben constituir una agrupación más de la izquierda o deben unirse individualmente a los partidos de la clase obrera?

Yo he dicho siempre, porque esa es la experiencia de mi vida, que por muy valiosos que sean los elementos que se consideren partidarios del socialismo científico, si no están encuadrados en los partidos de la clase obrera, no prestan su contribución valiosa al fortalecimiento de la izquierda. Es claro que pueden formar una agrupación más de las que ya existen, pero en este caso, como no preconicen la filosofía del materialismo dialéctico y actúen por la emancipación de nuestro país respecto del imperialismo, con la mira de establecer el socialismo en México, no pueden ser considerados como grupos de izquierda, sino como grupos nacionalistas y antimperialistas. Lo que es negativo es que existan elementos aislados, francotiradores, que no pertenezcan a ninguna agrupación de ningún género, porque contra lo que ellos suponen, por muy grandes que sean sus méritos, son factores de confusión y no de ayuda a la verdadera lucha revolucionaria. Esto ocurre, principalmente, con gentes de la pequeña burguesía intelectual, con espíritu individualista y dogmático, que tratan de hacer prevalecer su opinión sobre todo el mundo, sin darse cuenta

de que la etapa del anarquismo, es decir, del individualismo, ha pasado a la historia hace mucho tiempo.

¿Qué relaciones debe tener la izquierda con el gobierno? ¿Debe asumir una actitud de oposición sistemática al gobierno o de crítica al gobierno en los aspectos contrarios al interés nacional y popular y de apoyo a las medidas positivas que en ese mismo sentido adopte?

La oposición sistemática, sobre todo en un país como el México de hoy, carece de sentido político y, por tanto, de sentido revolucionario. La única línea política justa es la de apoyar las medidas positivas que el gobierno adopte y criticar sus errores y sus fallas, tratando de que no vuelvan a ocurrir. La política es la forma más alta de la educación y, por esta causa, la izquierda debe defender los principios filosóficos en que se apoya y hacer que penetren en la conciencia colectiva, con el propósito de evitar las desviaciones de izquierda, el sectarismo y, también, las desviaciones de derecha, que se juntan casi siempre a las otras o se suceden, porque el sectarismo lleva al oportunismo de una manera fatal, de la misma manera que la desviación de derecha no es más que el oportunismo simple, sin examen crítico de los hechos.

Frente a la sucesión presidencial, ante la cual se están preparando todas las fuerzas de la reacción, ¿cuál es el papel de la izquierda mexicana?

La reacción, entendiendo por ésta no sólo a la clerical, sino a todos los enemigos del progreso independiente de México, nacionales y extranjeros, se está preparando para la lucha electoral que se avecina. Su plan consiste, hasta hoy, en agrupar tal número de fuerzas, fuera y dentro del gobierno, que puedan imponer al sucesor del presidente Adolfo López Mateos. Si no lo logran, pueden acudir a la guerra civil, aun cuando no tanto confiando en el respaldo del pueblo, sino en la ayuda de los círculos reaccionarios de los Estados Unidos. Por esta causa, la izquierda está obligada a examinar el problema de la sucesión presidencial de una manera profunda y tratar de formar una coalición de todas las fuerzas democráticas y antimperialistas para hacer fracasar a la reacción. Lo peor que podría ocurrirle a México sería una guerra civil fomentada por los círculos dominantes norteamericanos, porque ese hecho abriría las puertas para intervenciones peligrosas del gobierno de los Estados Unidos en la vida doméstica de México.

¿La correlación de las fuerzas políticas, en un país como México, es favorable a la izquierda o no, frente al problema de la sucesión presidencial?

Las fuerzas políticas, cuando se asocian en un sentido o en otro, cambian la correlación que entre ellas existe. Por este motivo, si las fuerzas democráticas y progresistas de México se unen, serán más fuertes, indiscutiblemente, que las fuerzas de la reacción. Si no se asocian, entonces la correlación de las fuerzas puede favorecer a los enemigos de México.

¿De qué manera puede influir el desarrollo del socialismo fuera de México en los problemas internos del país?

Al socialismo no se llega de un día para otro, como no se llegó al capitalismo en unos cuantos años. El salto de un sistema de la vida social a otro más avanzado se produce cuando las fuerzas revolucionarias han madurado, objetiva y subjetivamente, dentro del régimen social que tratan de transformar. De acuerdo con estos principios comprobados por la experiencia histórica, se puede decir que todos los pasos tendentes al progreso económico, social y político de México, con independencia del extranjero, son pasos tendentes a hacer posible el desarrollo de las fuerzas, especialmente de la clase obrera y de su partido, que llevarán a cabo la transformación del sistema capitalista y el advenimiento del régimen socialista. Por otra parte, es natural que la victoria del socialismo en la mitad del planeta, su desarrollo extraordinario y el avance que ha logrado para toda la humanidad en muchos aspectos de la ciencia, de la técnica y de la cultura, despierten un gran entusiasmo, no sólo entre los obreros de los países capitalistas, sino también en grandes sectores del pueblo. De la misma manera que las revoluciones democrático-burguesas de los siglos XVIII y XIX influyeron ideológicamente en la preparación de las guerras de independencia política de las colonias de España en América y en otras regiones, hoy los movimientos por la independencia económica de los países semicoloniales de África, Asia y América Latina, ven en el socialismo su meta lógica y hacia ella tienden, cada uno de acuerdo con los antecedentes históricos de su pueblo, sus experiencias, su cultura y su grado de desarrollo. Porque ningún pueblo ha mirado jamás al pasado, sino como patrimonio positivo y negativo que sirve para seguir adelante.

México, D. F., 15 de mayo de 1962.

realice este cambio de clases sociales en el poder, no hay una revolución, sino una perturbación de la vida pública, que puede llegar a extremos trágicos como los que provoca la guerra entre dos o más naciones.

LAS REVOLUCIONES HISTÓRICAS

Considerado así el problema, es fácil apreciar que en el escenario del mundo no ha habido sino tres grandes revoluciones. La primera fue contra el régimen de la esclavitud, la segunda contra el feudalismo y la tercera contra el capitalismo. Los propietarios de esclavos fueron sustituidos por los explotadores de los siervos de la gleba, los señores feudales por los burgueses y éstos por la clase obrera.

Las dos primeras revoluciones no están circunscritas a una época determinada. En los países mediterráneos y en Asia, por ejemplo, comenzaron siglos antes de nuestra era, pero siguen ocurriendo todavía en otras partes del mundo. Hace once años había esclavos y siervos en China. En África, al lado del sistema feudal, con supervivencias del pasado tribal primitivo, existen formas de producción capitalista, en virtud de la ley del desarrollo histórico desigual. Las revoluciones europeas, iniciadas por la gran revolución democrático-burguesa de 1789 en Francia, para el Viejo Continente son cuestiones de la historia antigua. En cambio, para muchos de los países atrasados de hoy, constituyen movimientos por la independencia nacional y, al mismo tiempo, por su emancipación respecto del imperialismo.

APARICIÓN DE LOS PARTIDOS

Los partidos políticos son el resultado del régimen capitalista, que ahonda la división de las clases sociales, liquida paulatinamente las clases intermedias del pasado de los periodos de la esclavitud y del feudalismo y coloca a la clase obrera frente a la burguesía, propietaria de los instrumentos de la producción y del cambio, como fuerzas determinantes de la sociedad. Pero no sólo surgen los partidos políticos por las contradicciones materiales entre las dos clases, sino también por razones ideológicas. Mientras la ciencia no había llegado al conocimiento de las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad, limitándose a las disciplinas que llamamos naturales —matemática, astronomía, física, química y biología— no todas las clases contaban con una filosofía propia, especialmente el proletariado, que les proporcionara una explicación válida de la realidad, de la evolución histórica y de sus perspectivas. Entonces los movimientos revolucionarios se realizaban por la alianza y la lucha común entre sectores que coincidían en sus metas inmediatas, pensando en el porvenir de una manera utópica. Pero a partir de la filosofía del socialismo científico, postulada por Carlos Marx y Federico Engels, como resultado de un examen

LAS REVOLUCIONES Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Se ha generalizado entre ciertos grupos de mexicanos, especialmente en algunos formados por intelectuales de ideas progresistas, el concepto de que, tomando en cuenta la experiencia de la Revolución Cubana, no es necesario, para que una revolución se vea coronada por el éxito, que existan partidos políticos que la preparen y la dirijan. Esa idea la completan con la de que tanto la clase obrera como las masas campesinas son fuerzas que constituyen el cuerpo de una revolución, pero que no es necesario que la presidan, porque basta que un grupo de intelectuales jóvenes, de ideas avanzadas y resueltos, llame al pueblo a que se levante contra el gobierno establecido, para que la revolución se encienda y alcance la victoria. Esta teoría merece un examen a la luz de los principios del socialismo científico, ya que encierra tres cuestiones diferentes, aunque relacionadas entre sí: la primera es una falsa interpretación de la Revolución Cubana; la segunda es la afirmación de la doctrina subjetiva del desarrollo histórico; la tercera es la postulación de una tesis anarquista y romántica que choca con las leyes de la evolución de la sociedad humana y de sus periodos críticos.

QUÉ ES UNA REVOLUCIÓN

Ante todo es necesario definir qué es una revolución y recordar las causas que la producen, porque de otro modo, hablando lenguajes diferentes, se puede emplear mucho tiempo en una controversia o en el examen de una cuestión, sin ningún resultado útil.

Una revolución no es cualquier alteración, por grave que sea, del orden social que prevalece. Un golpe de Estado, una rebelión armada, un movimiento sedicioso, una asonada o un motín, no son, por sí mismos, revolucionarios. Una revolución es un movimiento de grandes masas populares, integrada en todas las épocas por trabajadores del campo y de la ciudad, con el fin de sustituir el régimen existente por otro distinto, que implica el remplazo de la clase social que gobierna por otra clase social más avanzada. Mientras no se

---

Publicado en la revista *Política*. México, D. F., 15 de julio de 1961.

profundo de todo el acervo cultural de la humanidad, la clase obrera fue dotada de un arma poderosa e invencible, porque frente a la burguesía, que disponía desde su aparición como clase social moderna de una tesis filosófica que influía en el resto de la sociedad, el proletariado descubrió el carácter transitorio del régimen capitalista, de la contradicción que encierra en su seno y que lo llevará a su liquidación andando el tiempo, y de las leyes que rigen el paso del capitalismo al socialismo. Desde entonces la clase obrera y sus partidos políticos consideraron la revolución de una manera distinta a las revoluciones del pasado.

Es interesante observar que en nuestro tiempo, aún no existiendo en determinado momento un partido del proletariado en un país cualquiera, la filosofía de la clase obrera influye de una manera muy importante en las grandes masas trabajadoras, porque éstas no pueden regir su conducta de acuerdo con la concepción capitalista de la vida social, sino en tanto que no adquieren las nociones del materialismo histórico y de la economía política.

LAS REVOLUCIONES CONTEMPORÁNEAS

A esos hechos se debe que la clase obrera, aun en los países en los que constituye una minoría social, tenga siempre en nuestra época un papel de dirección ideológica, no sólo del pueblo en su conjunto, sino también de los intereses nacionales, así como de los problemas de tipo internacional. Los partidarios de la filosofía idealista, es decir, los que afirman que la conciencia del hombre es la base del conocimiento y un hecho ajeno al desarrollo de la naturaleza, otorgan siempre un papel decisivo al individuo como motor de la historia. Declaran que el hombre crea la historia y que ésta puede marchar a voluntad suya, venciendo los obstáculos que se presenten en su camino. Durante el siglo XIX, particularmente durante el ascenso del régimen capitalista, se hizo del poder del individuo un verdadero culto, considerando a las masas como fuerzas ciegas, incapaces de dirigirse a sí mismas y sin poder de orientación del proceso social.

Al crearse la Primera Internacional, en 1864, los representantes de la clase obrera chocaron por motivos ideológicos y ese primer organismo del proletariado quedó dividido en dos bandos: el partido del socialismo científico y el del anarquismo. La tesis más importante de esta doctrina es el valor que le otorga a la espontaneidad de las masas, a la cual le atribuye una significación revolucionaria. En cambio, los partidarios del socialismo consideraron que sin un partido de la clase obrera, armado de los principios del socialismo científico, la acción revolucionaria estaba condenada a muchos reveses y fracasos. La experiencia habría de demostrar la exactitud de esta tesis.

En nuestra época, toda revolución que se propone desplazar a la burguesía del poder es un movimiento inspirado por la ideología de la clase obrera. Si

por determinadas circunstancias no se prepara y se conduce en su primer momento por el partido del proletariado, tiene que crear su órgano de dirección, porque sin él, la revolución corre el peligro de desviarse, o detenerse a la mitad del camino o de sucumbir como consecuencia de la movilización de las fuerzas contrarrevolucionarias. Basta para este fin, al principio, con un estado mayor que actúe de acuerdo con la filosofía de la clase obrera, que organizará también, a su tiempo, el partido permanente.

EL PROLETARIADO Y LOS INTELECTUALES

Los intelectuales han desempeñado siempre y sobre todo en la época contemporánea, un papel muy importante en los movimientos revolucionarios, porque son los más capacitados para hacer un examen crítico y científico de la sociedad capitalista y formular con acierto la línea estratégica y táctica del movimiento que debe remplazar a la burguesía en la dirección del Estado. Desde Marx y Engels hasta hoy, especialmente en los países subdesarrollados, en los que la clase obrera es pequeña y vive influida por la ideología burguesa, los intelectuales pueden desempeñar un papel de vanguardia a condición de que su labor consista en interpretar y en defender los intereses de la clase obrera y en educarla políticamente, de acuerdo con los principios de la filosofía del socialismo científico. En otras palabras, los intelectuales no forman una clase social por encima de la clase obrera y de la burguesía. O sirven a ésta o a aquélla, pero no pueden pensar siquiera en gobernarla utilizando a su antojo a cualquiera de ellas, y menos aún servir a las dos al mismo tiempo o armonizarlas liquidando por la vía de la persuasión sus discrepancias.

Sólo dos clases sociales existen en los países capitalistas, aun cuando se trate de los de escaso desarrollo: la clase propietaria de los instrumentos de la producción, y la clase obrera, entendiendo por ésta a todos los trabajadores manuales e intelectuales que viven de su esfuerzo personal. De esta suerte, es fácil comprender que el papel de los intelectuales consiste en transformarse en militantes ideológicos, políticos y prácticos de la clase obrera, ocupando dentro de la lucha que el proletariado sostiene el sitio que merezcan su capacidad y su decisión de combate. Porque no hay teoría revolucionaria que sirva sin la práctica revolucionaria; del mismo modo que no puede haber práctica revolucionaria eficaz sin una teoría revolucionaria que la dirija. Los intuitivos, los partidarios de la espontaneidad, los individualistas, o son prácticos sin principios o son doctores de la teoría sin tomar en cuenta la realidad cuyo sentido profundo sólo otorga la experiencia. Por eso, uno de los principios fundamentales del marxismo consiste en afirmar que la teoría y la práctica son dos aspectos inseparables de la acción revolucionaria.

Pero tanto el estudio, la investigación, el examen de los hechos a la luz del socialismo científico, como la práctica, han de ser actividades encuadradas en

un partido político y no personales. Porque la clase obrera es una clase social que vale en tanto que está unificada, organizada y dirigida de acuerdo con los principios de Marx y de Lenin. En su seno los individuos hacen valer sus opiniones, pero no pueden servir a la clase obrera desde afuera, ya se trate de las organizaciones de masas, de frente único, como de los agrupamientos de tipo político.

Persistir en la actitud de ser revolucionario al margen del partido de la clase obrera es un grave error, porque implica una concepción subjetiva de la realidad y de la lucha y porque, además, la acción individual, por importante que sea, puede equivocarse y en lugar de servir puede causar graves daños al esfuerzo colectivo.

LA REVOLUCIÓN CUBANA

Las premisas para la revolución en Cuba se habían dado ya desde las dictaduras personales de los gobernantes impuestos o sostenidos por el gobierno yanqui, a partir de la de Gerardo Machado, guardián de los intereses de los monopolios norteamericanos en la isla durante el decenio de la gran crisis económica de los treinta.

Como el de México, el pueblo cubano realizó su revolución por la independencia nacional y después la revolución contra la tiranía de Fulgencio Batista. La primera fue resultado de una contradicción insalvable entre el escaso desarrollo de las fuerzas productivas, el sistema de los monopolios y estancos, de las ordenanzas para los gremios y de las alcabalas para el comercio interior, y de otras leyes que ahogaban la iniciativa individual y el progreso del país. Llegó un momento en que esa situación provocó el movimiento del 24 de febrero de 1895 que concluyó con la independencia de Cuba. El imperialismo yanqui, que intervino en la guerra contra España con el exclusivo objeto de apoderarse de la isla, estableció una base naval en su territorio, la de Guantánamo, e influyó en la vida de la nueva nación con el objeto de controlarla y servirse de ella como de una colonia. Nada cambió sustancialmente en el país desde el punto de vista económico, Cuba se convirtió en una región productora de azúcar bajo el control de los monopolios norteamericanos, en alianza con los latifundistas criollos. El pueblo soportó muchos años esta situación que no sufrió modificaciones, aun cuando los gobernantes de Cuba se sucedieron los unos a los otros. El último golpe de Estado de Fulgencio Batista fue impulsado por el imperialismo yanqui con el objeto de evitar la revolución que estaba ya en puerta, por el número creciente de desocupados, por la falta de diversificación de la agricultura, por la canalización del comercio exterior hacia el mercado de Estados Unidos, por la carencia de industrias, por la carga antisocial representada por una serie de parásitos dedicados al juego, la prostitución y otras actividades de ese carácter, que corrompían a

muchos sectores de la sociedad entre los cuales la teoría del fatalismo geográfico había echado raíces muy hondas y contribuía a retardar el surgimiento de la conciencia nacional antimperialista.

Pero los monopolios extranjeros al desarrollar la industria azucarera, los ferrocarriles, las carreteras y otras actividades y servicios planeados principalmente para su provecho, contribuyeron a la formación de la clase obrera y al nacimiento de su conciencia de clase; a despertar a la masa rural y a estimular a la pequeña burguesía intelectual que empezó a darse cuenta de la urgencia de un cambio completo de las condiciones en que Cuba vivía. Pero también en los años de ese largo periodo las ideas de emancipación del país respecto del imperialismo se difundían constantemente penetrando hasta en las últimas capas sociales. Martí y Maceo primero, que dejaron como patrimonio a su pueblo un ideario muy valioso; Julio Antonio Mella después, y el Partido Socialista Popular, prepararon programáticamente la Revolución que estaba a punto de estallar cuando Batista se apoderó del gobierno de un modo violento.

Durante el régimen de Batista todas las contradicciones sociales internas de Cuba se agudizaron. Para acallarlas, el tirano acudió al crimen, a la persecución implacable de todos los patriotas y unificó la absoluta mayoría del pueblo en su contra. Las guerrillas, capitaneadas por Fidel Castro, demostraron a todo el mundo la enorme debilidad de Batista y de su ejército, y llegó un momento en que para salvar su vida huyó del país ante el levantamiento general de las masas rurales y urbanas que los rebeldes, con su arrojo y su propaganda diaria, habían orientado hacia los objetivos verdaderos de la Revolución.

Libre el camino, los elementos de la burguesía que se habían opuesto también a Batista, movidos por cuestiones de mando, pero ajenos a las reivindicaciones profundas del pueblo y del país, trataron de que la Revolución se limitara a los problemas formales del cambio de autoridades. Fueron eliminados y la Revolución empezó a marchar como fuerza lanzada a la conquista de la soberanía nacional, a la liquidación de la estructura económica del país, basada en el latifundismo y en las relaciones semifeudales de producción, y a la organización de un nuevo orden económico, social y político.

El imperialismo yanqui, torpe como siempre y ciego entre la realidad que todos apreciaban, pretendió hacer fracasar al gobierno revolucionario, enviando aviones desde la península de Florida para quemar los cañaverales, y después se dedicó a aislar a Cuba diplomática y económicamente para tener manos libres y ocuparla por la fuerza.

El aislamiento diplomático continental fracasó, principalmente por la actitud del Presidente de México, Adolfo López Mateos, respaldado por su pueblo. El aislamiento económico, por la oportuna ayuda de la Unión Soviética y de otros países socialistas, que adquirieron el azúcar y establecieron estrechas relaciones comerciales con el gobierno de Fidel Castro.

El poder pasó entonces de los extranjeros y de los latifundistas, y otras capas conservadoras de la sociedad cubana, a las masas trabajadoras de la ciudad y del campo, dirigidas por el grupo de revolucionarios encabezados por Fidel Castro, inspirados en los intereses de las mayorías. De este modo se constituyó el gobierno revolucionario; el ejército de la tiranía desapareció; se creó el Ejército Rebelde, y la Revolución pasó de las metas puramente políticas a la transformación económica y social del país.

Era ilógico esperar que la Revolución se detendría en los aspectos puramente formales, remplazando a Batista por otros gobernantes, sin alterar la estructura económica de Cuba y sin transformar los diversos aspectos de su vida pública. También acusaron en México a Emiliano Zapata, a Francisco Villa, a Venustiano Carranza y a otros caudillos del movimiento iniciado en 1910, de haber traicionado los ideales de Francisco I. Madero, ya que éste se proponía, sustancialmente, el derrocamiento de la dictadura personal de Porfirio Díaz y su remplazo por un gobierno democrático, elegido por la mayoría de los ciudadanos. Los que los acusaban no se dieron cuenta de que en nuestro país la Revolución no podía proponerse sólo cambios jurídicos y políticos, porque las contradicciones que había en el seno de la sociedad mexicana eran tan grandes que únicamente un cambio profundo de la situación podía resolverlas.

Una vez victoriosa, la Revolución Cubana tenía que proporcionarse objetivos de acuerdo con las necesidades del pueblo: la independencia y la soberanía de la nación sobre la base de la independencia económica del país; la destrucción del latifundismo y la reforma agraria; la diversificación y la modernización de la agricultura; la nacionalización de las riquezas del territorio para utilizarlas en la multiplicación de las fuerzas productivas, la creación de la industria pesada; la difusión del comercio exterior; la multiplicación de las escuelas hasta liquidar el analfabetismo; la solución del problema de las habitaciones populares, y una política exterior independiente.

La Revolución Cubana, en consecuencia, fue el estallido de las contradicciones entre los intereses de las masas rurales y los latifundistas nacionales y extranjeros; entre la incipiente burguesía nacional y los terratenientes; entre la clase obrera y las empresas norteamericanas; entre los intereses de la nación y el imperialismo yanqui. Su programa estaba trazado ya desde antes de que comenzaran las hostilidades abiertas contra la tiranía de Fulgencio Batista. Fidel Castro y sus compañeros de lucha sabían bien, y sus decretos de la Sierra Maestra lo demuestran, que la Revolución no podía quedarse en sus aspectos formales. Las ideas que presidieron el movimiento fueron las de la clase obrera latinoamericana, formuladas hace años: las de la revolución antimperialista, antifeudal y democrática, con el propósito de hacer de Cuba un país nuevo, con soberanía plena, que debería entrar en una etapa económica, social y política de tipo diferente al del pasado.

Esos hechos demuestran que la Revolución Cubana no brotó al conjuro de un grupo de hombres, sino que éstos, interpretando las urgencias del pueblo y las necesidades de la nación, se hicieron eco de las reivindicaciones de las masas y las precisaron y, apoyándose en ellas, realizaron la obra que todos conocemos y que los pueblos de la América Latina han respaldado de la manera más entusiasta.

LA REVOLUCIÓN CUBANA ES LA MÁS AVANZADA DE AMÉRICA

Cuando la Revolución Mexicana se produjo hace medio siglo, las condiciones de la América Latina y del mundo eran totalmente distintas a las de hoy. En nuestro país estalló la Revolución mucho antes que en las demás naciones hermanas de la nuestra, porque las contradicciones en el seno de la sociedad mexicana eran más agudas que en las otras. El mundo estaba regido sólo por el sistema capitalista de producción. No había estallado todavía la Revolución Socialista en Rusia, que ocurrió hasta 1917. El presidente de México, Francisco I. Madero, electo por aclamación popular para suceder a Porfirio Díaz, no fue saludado a lo largo del continente, y cuando el general Victoriano Huerta lo asesinó y se declaró Presidente de México, los gobiernos latinoamericanos lo reconocieron como la autoridad legítima de nuestro país. El gobierno norteamericano invadió varias veces con sus fuerzas armadas nuestro territorio para hacer fracasar la Revolución, especialmente en 1914 y en 1916, sin que esa intervención, que atentaba contra la soberanía de México, hubiera despertado la protesta de los gobiernos o de las fuerzas democráticas de la América Latina. El mundo de hoy es distinto. El régimen socialista abarca ya a cerca de la mitad de la población de la Tierra; las contradicciones entre las potencias imperialistas se agudizan; la lucha de clases se hace más violenta en los países de gran desarrollo industrial, y los pueblos coloniales de África y Asia se encuentran en rebelión general contra los países imperialistas. En estas condiciones se produce la Revolución Cubana, que cuenta con el respaldo de todas las fuerzas democráticas del hemisferio y con la ayuda del bloque de los países socialistas. Por estos motivos la Revolución Cubana ha salido del marco de las revoluciones democrático-burguesas tradicionales de los países subdesarrollados y, en la medida en que se afianza y se desarrolla, se inspira en el propósito de construir una sociedad sin explotadores ni explotados, de acuerdo con los principios del socialismo, sabiendo que tiene que recorrer un largo camino lleno de dificultades, por la presión constante del imperialismo yanqui y sus lacayos en la América Latina.

La Revolución Cubana es, en consecuencia, una revolución de tipo nuevo, diferente a la Revolución Mexicana. Diferente por razones de tiempo, que representan cambios trascendentales en el escenario mundial, en la correlación de las fuerzas políticas internacionales, en el desarrollo de las contradicciones

internas y externas de los países latinoamericanos, y en la participación de la clase obrera en la Revolución, que en México no tuvo un papel destacado. Estas causas explican el hecho de que la Revolución Cubana haya logrado en muy poco tiempo el rescate de la plena soberanía nacional, la liquidación del latifundismo y que haya puesto en práctica medidas que destruyen algunas de las formas del sistema capitalista de producción, y camine hacia el socialismo como meta final.

Si la clase obrera en Cuba, a través de su partido —el Partido Socialista Popular— no hubiese sido preparada ideológicamente durante más de veinte años para la Revolución. Si los intelectuales de ideas avanzadas no hubieran hecho también una labor de educación política entre los trabajadores urbanos y rurales y entre la juventud estudiosa. Si las ideas revolucionarias, de acuerdo con los principios del socialismo científico que la clase obrera preconiza, no hubieran penetrado en grandes capas de la población, la Revolución Cubana habría tenido otro rumbo, se habría limitado a cambios de tipo político y no habría emprendido la transformación profunda de la vida económica y social del país. Por todo esto no se puede afirmar que la Revolución Cubana se hizo al margen de la clase obrera y campesina, y que éstas se limitaron a seguir a quienes comenzaron la lucha armada contra la tiranía de Fulgencio Batista. Ese es un error de apreciación que no resta nada a la obra trascendental de Fidel Castro y de sus comañeros de lucha, sino que, por lo contrario, la eleva todavía más, porque es el fruto de una auténtica concepción revolucionaria de los intereses del pueblo cubano y de su patria.

LAS REVOLUCIONES NO SON MERCANCÍAS

Por la falsa apreciación de la Revolución Cubana, los que atribuyen un poder mágico de los individuos y creen en la calidad excepcional de los intelectuales por encima o al margen de la clase obrera, llegan a conclusiones igualmente falsas cuando pretenden actuar —con la palabra casi siempre— en el país en que viven. Afirman que en todas las naciones latinoamericanas se puede y se debe hacer lo que en Cuba, utilizando los mismos procedimientos que en ella condujeron la Revolución a la victoria. En el fondo de su pensamiento está la idea de que las revoluciones son, como las mercancías, objetos de importación y de exportación. Sin examinar seriamente las condiciones objetivas para el gran cambio histórico, y sin contribuir a que esas condiciones maduren, utilizan el método de la trasplantación mecánica, de la imitación extralógica de lo ajeno para que la revolución se produzca en su país y puedan ellos conducirla. Esta actitud es típica de la doctrina anarquista y de la corriente literaria del romanticismo del siglo XIX.

Hemos dicho muchas veces que el aspecto trascendental de la Revolución Cubana estriba en que encabeza las revoluciones por la independencia econó-

mica que van a ocurrir muy pronto en toda la América Latina, en un periodo relativamente breve, como estallaron las revoluciones por la independencia política en la centuria pasada, porque los movimientos populares por la emancipación nacional respecto del imperialismo están listos para iniciarse. Pero cada uno de ellos tendrá su camino propio, su línea estratégica y táctica peculiar, de acuerdo con el grado de su desarrollo económico, social y político.

Lo que en esta hora decisiva para la América Latina importa es la unidad de las fuerzas democráticas y revolucionarias en cada país, para hacerla avanzar por la vía que su pueblo elija. Liquidar el sectarismo. Concluir con la vanidad que descansa en la subestimación del papel de la clase obrera en la marcha de la historia, como fuerza de masas y como clase social con una filosofía que ya ha construido un mundo nuevo. Unir al proletariado y a los campesinos, y a éstos con los sectores de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional opuesta al imperialismo. Utilizar las contradicciones que se producen en el seno de los círculos dominantes de nuestras naciones. Crear un frente nacional con todas esas fuerzas, darles un programa mínimo con objetivos realizables y unir en escala continental a todos esos movimientos para destruir lo que debe morir del pasado y levantar un nuevo orden social basado en el ascenso rápido de las fuerzas productivas y en justas relaciones de producción.

Hemos dicho también que las revoluciones latinoamericanas son movimientos populares pacíficos por su propia naturaleza, porque quienes las forman y las conducen saben bien que están haciendo uso del derecho de autodeterminación que asiste a todos los pueblos del mundo. Pero que si el imperialismo yanqui pretende impedirlos, los convertirá en movimientos armados para defender la soberanía nacional.

CONCLUSIONES

Las revoluciones se producen por las contradicciones sociales insalvables que existen en el seno de un país en un momento determinado de su evolución histórica.

En nuestra época, la época del imperialismo y del desarrollo impetuoso del régimen socialista, las revoluciones son movimientos de masas que aspiran a la plena independencia nacional de los países coloniales y semicoloniales. Esos movimientos se inspiran en la filosofía de la clase obrera, el socialismo científico.

Las revoluciones en los países de gran desarrollo capitalista, cuando ocurran, serán movimientos del proletariado contra la burguesía nacional y el imperialismo.

Las revoluciones en nuestro tiempo pueden producirse sin que las presida al principio el partido político de la clase obrera, por circunstancias peculiares de los países subdesarrollados, pero crearán en el momento oportuno un

partido único que garantice su éxito constante. Ese partido será el partido de vanguardia de la clase trabajadora y de todo el pueblo.

A los elementos de la pequeña burguesía se les plantea el dilema de sumarse a la causa de la clase obrera o a la de la burguesía y el imperialismo.

Los intelectuales no forman una clase social por sí mismos ni tienen un papel de dirección como sector social.

La América Latina ha entrado ya en la segunda gran revolución de su historia. Esta es la revolución por la emancipación económica respecto del imperialismo. La Revolución Cubana ha iniciado la marcha.

Del imperialismo norteamericano depende que las revoluciones latinoamericanas sean pacíficas o armadas.

En cada país, la vía de la revolución que su pueblo elija dependerá de las condiciones objetivas internas y tendrá características propias.

México, D. F., junio de 1961.

UNA VEZ MÁS: ¿QUÉ ES LA IZQUIERDA?

1. La izquierda, como actitud, no es una postura sentimental, sino una convicción: la de los principios de la filosofía del proletariado.

2. Sin embargo, la filosofía del proletariado —el materialismo dialéctico— reducida a pura forma del pensamiento es estéril.

3. La filosofía es un instrumento para conocer la realidad, pero también para transformarla.

4. La transformación de la realidad no la pueden realizar, ni intentar siquiera seriamente, los individuos o las agrupaciones de individuos con ideologías distintas, sino los partidos de la clase obrera.

5. Todo partido que no se proponga la sustitución del régimen capitalista por el sistema socialista, de acuerdo con los principios del materialismo dialéctico y de su aplicación a la sociedad humana, el materialismo histórico, no es un partido de la izquierda.

6. La clase obrera, por el simple hecho de ser una clase social con intereses opuestos a los de la burguesía, no constituye la izquierda en ningún país del mundo. Para defender sus intereses económicos se agrupa en sindicatos, que son organismos de frente único en los que se asocian trabajadores de distintas corrientes del pensamiento y creencias, y en otras agrupaciones de masas, y aun cuando el proletariado sustenta los principios de su clase, no se propone llegar al poder. Ese objetivo lo logra la clase obrera por conducto de su partido, que actúa a través de sus miembros en todas las organizaciones de masas y lucha en los demás frentes: el ideológico, el electoral, el cultural, etcétera.

7. La derecha no es tampoco una actitud sentimental, sino una postura ideológica: la filosofía de la clase burguesa y, en los países de gran desarrollo capitalista, la filosofía del imperialismo.

8. La filosofía del imperialismo es el fascismo: la supresión de los principios de la democracia burguesa y la instauración de la dictadura violenta del capital financiero.

9. Así como la izquierda se propone remplazar el régimen capitalista por el socialista, la derecha persigue mantener el régimen capitalista de manera

indefinida, y lucha por impedir el advenimiento del socialismo en cualquier parte del mundo.

10. Los partidos que no son de izquierda, no han de ser, forzosamente, partidos de la derecha.

11. Entre la derecha y la izquierda hay numerosos partidos políticos con diversos nombres que se prestan a confusión, pero lo que los define es su posición ante el capitalismo y el imperialismo. Algunos de esos partidos corresponden a sectores de la burguesía que se oponen al imperialismo, sin aspirar al socialismo. Surgen principalmente en los países coloniales y semicoloniales.

12. El partido de la clase obrera en los países en vías de desarrollo puede y debe asociarse con otros partidos y agrupaciones de carácter democrático, desde las masas campesinas hasta sectores de la burguesía opuesta al imperialismo, para formar un gran frente con todos aquellos que luchen por el progreso económico nacional con independencia del imperialismo. Esta clase de agrupamientos, no importa el nombre que lleven, tienen un valor muy importante porque asocian a todos los combatientes por la autonomía nacional, pero no son ni pueden ser la izquierda.

13. El partido de la clase obrera debe ser el promotor de la alianza de las fuerzas democráticas, pero no debe subordinarse a ellas en su conjunto ni a ninguna en lo particular, sino constituirse en vanguardia de la unidad de acción de todas.

La izquierda en la historia de México

De cierto tiempo a esta parte se discute con calor acerca de la actitud y de la unidad de la izquierda en nuestro país. Es un debate en el que intervienen, principalmente, intelectuales, estudiantes, periodistas y hasta personas iletradas, tratando cada una de ellas de hacer prevalecer su opinión y dándole a la palabra las más variadas interpretaciones. Por eso resulta interesante precisar lo que ha sido la izquierda en el desarrollo económico, social y cultural de México, y lo que significa en la actualidad. Es útil porque muy pocas personas se atreven, excepto las especializadas en la materia, a hablar de matemática, de física, de química o de biología, pero tratándose de los problemas humanos, especialmente de cuestiones políticas, la mayoría de las gentes opinan sin recato, creyendo que la sociedad no está sujeta a leyes objetivas y que éstas sólo se refieren a la naturaleza, pero no a los hombres, a los pueblos, a los sistemas de la vida colectiva y a las ideas que los expresan. Esas personas, dándose cuenta o no de su postura intelectual, participan de los principios de la filosofía idealista, que afirma que la conciencia humana es la que crea la historia a su arbitrio y, por tanto, la que puede dictar los lineamientos de la vida social, sin tomar en cuenta el mundo del cual forma parte el hombre.

El problema de la izquierda no es un problema filológico, porque si así fuera podría decirse que la izquierda la forman los partidos, agrupaciones sociales, corrientes de opinión y los individuos partidarios de un cambio, por oposición a los conservadores, adversos a las innovaciones en el seno de la sociedad humana. Pero esta definición es incompleta porque presenta a las personas y a sus ideas sin tomar en cuenta la raíz social de ellas, es decir, las clases sociales a las que pertenecen y en cuyo nombre actúan. Por tanto, es una definición anticientífica y de valor esencialmente subjetivo.

El problema de la izquierda es ideológico. Porque son las ideas de todos los tiempos las que encarnan el pensamiento de la clase social en el poder y el de

---

Publicado en la revista *Siempre!* México, D. F., agosto 22 de 1962.

los sectores sociales que se hallan en oposición a la doctrina dominante en los diversos aspectos de la vida pública. Y, además, porque si es cierto que las ideas reflejan los antagonismos sociales, los intereses de las clases en pugna, también influyen en la sociedad de la cual surgieron, contribuyendo a su orientación, al conocimiento del futuro inmediato y al señalamiento de la última meta.

El examen de lo que ha sido y es la izquierda no puede ser sino un análisis crítico de las ideas de cada época, reflejo sobre la vida política de los intereses complejos y contradictorios que existen en el seno del régimen social establecido.

EL SIGLO XVI

Nuestra historia comienza en el siglo XVI, porque la conquista de las poblaciones indígenas que vivían en el territorio de lo que más tarde habría de ser la Nueva España y, posteriormente, la nación mexicana produce instituciones, métodos de gobierno, cambios profundos en la composición social de la población e ideas que habrían de contribuir, tanto a la formación de un pueblo nuevo, distinto al indígena y al español, como al nacimiento y al desarrollo de una nación con caracteres propios e inconfundibles.

Antes del descubrimiento de América, en plena Edad Media, en el siglo XIII, el cardenal de Ostia, Enrique de Susa, formula la tesis conocida con el nombre de *Summa Aurea*, sosteniendo que el Papa es señor temporal del mundo. Contra esa doctrina, Santo Tomás de Aquino, en la *Summa Theologica*, y Juan de Torquemada en la *Summa Eclesiástica*, niegan que el pontífice romano tenga autoridad temporal sobre la Tierra. Pero España, que habría de ser el escudero de la Iglesia durante muchos siglos, después del descubrimiento del Nuevo Mundo se decidió a dominarlo con la autorización del papa Alejandro VI, quien expidió una bula especial dirigida a los Reyes Católicos, para que predicaran el evangelio en América y gobernaran a sus habitantes.

Con fundamento en esa disposición del jefe de la Iglesia, cuando los españoles llegaban a algún poblado indígena, leían, a través de intérpretes y a veces sin ellos, un documento conocido con el nombre de *Requerimiento*. Había sido formulado por Juan López de Palacios Rubio, consejero de los Reyes Católicos, y en él se apremiaba a los indígenas a que se sometieran a la autoridad espiritual y temporal de los gobernantes de España, que obraban en nombre del papa, facultado por Dios para regir al mundo. Como los indígenas no comprendían el *Requerimiento*, pero sufrían las consecuencias de su falta de obediencia a lo que les era absolutamente extraño, se revivió el debate entre los partidarios de la tesis del cardenal de Ostia y los de la doctrina tomista. Entre éstos habría de destacarse fray Bartolomé de las Casas, defensor de las poblaciones indígenas de América, y fray Francisco de Vitoria, uno de los fundadores del moderno derecho internacional, quien sostuvo que la

autoridad pontificia debe limitarse a cuestiones espirituales, y que los indios tenían derecho a mantener libremente sus tierras y a conservar sus creencias mientras ellos quisieran.

Si por izquierda debemos entender toda idea de progreso en beneficio de la humanidad, vinculada a un sector de una sociedad determinada en un momento concreto de su evolución, podríamos decir que la izquierda en el siglo XVI está representada por Bartolomé de las Casas, y que la derecha correspondió a quienes, en nombre de la Iglesia, por conducto de los reyes de España, conquistaron a las tribus indígenas, las dominaron y cometieron tales crímenes contra ellas, que conmovieron a la opinión más esclarecida de Europa.

La izquierda es una protesta encendida contra los encomenderos, un alegato filosófico y político que exhibe la contradicción entre los intereses de la población autóctona, que se hallaba en la última etapa de la comunidad primitiva, y los europeos que instauraron el feudalismo y la esclavitud en América, para explotar fácilmente sus riquezas naturales, sobre todo sus metales preciosos.

EL SIGLO XVII

La Conquista se consuma. Los españoles organizan el gobierno de su colonia. Los descubrimientos de nuevas tierras y la posesión de ellas en nombre del monarca al que sirven amplían el ámbito de la Nueva España. Pero el siglo XVII es, también, la centuria en la que el mestizaje, fruto de la unión de españoles e indígenas, se consolida como un hecho demográfico y social imposible de impedir. Es, asimismo, la etapa del desarrollo de una clase social que habría de tener una gran importancia hasta la Revolución de Independencia, la de los criollos, hijos de padres españoles nacidos en México.

Con los mestizos y los criollos comienza a surgir la conciencia americana, dejando atrás la polémica entre los partidarios de la tesis del poder temporal del papa y quienes la impugnaron. Las ideas renovadoras del Renacimiento penetran en México e influyen en su destino. Lo mexicano, suma de lo universal y lo local, levanta la cabeza con orgullo y manifiesta lo que le es propio. En Carlos de Sigüenza y Góngora, en Bernardo de Balbuena, en Juan Ruiz de Alarcón y principalmente en Sor Juana Inés de la Cruz, aparece el pensamiento de una clase social que aspira a dirigir la vida de su patria en formación, sintiéndose superior a la nacida en ultramar.

EL SIGLO XVIII

Se ha dicho, con razón, que el siglo XVIII es el "siglo de oro" de la época colonial de nuestro país. Pero la mayor parte de los historiadores atribuyen el floreci-

miento intelectual de la Nueva España a la aparición espontánea de hombres de cultura superior, preocupados por la suerte de México. Esta afirmación es válida sólo en parte, porque si es verdad que ese siglo representa en el Viejo Mundo no sólo el desarrollo de la filosofía racionalista y el avance de la ciencia, basada en la doctrina materialista, cuyos principios llegan hasta aquí, también es cierto que lo fundamental en el siglo XVIII es que la nación mexicana ha madurado, porque ya es una comunidad históricamente formada, una comunidad de territorio, de vida económica y de carácter psicológico que se expresa a través de la lengua española difundida en todo el país, con una conciencia propia hecha en trescientos años de evolución llena de constantes contradicciones.

Es la nación que surge la que produce a los ideólogos y a los hombres de letras y de ciencia más destacados del Virreinato y no el régimen colonial en completa crisis. Francisco Javier Clavijero, historiador y arqueólogo; José Ignacio Bartolache, físico y matemático; Antonio León y Gama, matemático, astrónomo y arqueólogo; José María Mociño, botánico; Joaquín Velázquez Cárdenas, astrónomo y geógrafo; Francisco Javier Gamboa, geólogo y jurista, entre otros, son la prueba de que la nación ha llegado a su edad adulta y reclama el derecho de ostentar su personalidad ante el mundo y disponer de su porvenir. La Escuela de Minería, la Academia de Bellas Artes y el Jardín Botánico son muestras también del desarrollo del país, lo mismo que la rica literatura teñida de espíritu mexicano y el barroco en la arquitectura que tiene un sello distinto al de sus fuentes originarias.

Muchos años después, en 1885, una célebre polémica entre el doctor Agustín Rivera y San Román y el doctor Agustín de la Rosa, alrededor de la filosofía en la Nueva España, pone en evidencia el atraso de las ideas durante el régimen colonial. Rivera demuestra que el pensamiento moderno fue el germen de la independencia de México, en tanto que la filosofía escolástica, sistemáticamente degenerada, ayudó a los españoles peninsulares a perpetuar el régimen virreinal, contando entre otros instrumentos con el de la Inquisición, que perseguía la difusión de las ideas avanzadas y castigaba severamente a sus partidarios. Los criollos más capaces comenzaron a ver en la nueva filosofía un arma que podía ayudarles a la conquista del poder político.

¿Quiénes representan la izquierda en el siglo XVIII? Los humanistas, los investigadores, los preocupados por la ciencia y la técnica y por el desarrollo material del país para beneficio de su pueblo y no del extranjero, exponentes de los criollos y los mestizos, y defensores de las masas indígenas y de las castas. La derecha estaba representada por los principios del orden virreinal, basados en la filosofía eclesiástica, con todas sus consecuencias: los estancos, las ordenanzas de los gremios, los monopolios, la prohibición del desarrollo de nuevas fuerzas productivas y la intolerancia de la pluralidad de creencias,

de la libre expresión del pensamiento, del uso de la imprenta sin censura y de la investigación científica sin cortapisas.

LA INDEPENDENCIA

El cura Miguel Hidalgo y Costilla fue un criollo. Lector asiduo de las ideas revolucionarias de Europa que demolían las supervivencias del régimen feudal, formó con ellas su concepción filosófica y su tesis de la independencia de la nación, porque eran lógicamente aplicables a la Nueva España, en donde el sistema colonial se hallaba en plena bancarrota.

Los compañeros de Miguel Hidalgo fueron criollos y mestizos que participaban de sus mismas preocupaciones ideológicas y de sus propósitos políticos. José María Morelos, el más destacado de todos, pertenecía a la estirpe de Bartolomé de las Casas y de los humanistas del siglo XVIII. Por eso su genio pudo concebir la independencia cabal de la nación en el orden económico, social y político en documentos que habrían de recoger y enriquecer medio siglo después los hombres de la Reforma.

Desde el punto de vista filosófico, durante la Guerra de Independencia la izquierda está representada por las ideas de los hombres de la Enciclopedia, que habrían de alumbrar las revoluciones democrático-burguesas, tanto en Francia como en las colonias anglosajonas de la América del Norte, que acogieron nuestros insurgentes.

EL SIGLO XIX

El Plan de Iguala, con el cual concluyó la Guerra de Independencia, no incluyó las demandas del pueblo por las cuales habían luchado los patriotas once años consecutivos, sino las de la clase social que había tenido el dominio de la Nueva España durante trescientos años. Por esta razón, apenas declarada y reconocida la soberanía política de México, se reanudó la lucha entre la corriente liberal y la conservadora.

Para transformar la estructura colonial del país, dos tesis fundamentales proclamaron y difundieron los liberales: anulación de los fueros y los privilegios de la casta militar y del clero, limitando la acción de la Iglesia a la de una institución religiosa ajena a la política, y libertad para producir, para comerciar, para investigar, para educar, para creer, para expresar el pensamiento. Las consecuencias de estos principios darían al Estado laico, única autoridad de la nación, la posibilidad de impulsar las fuerzas productivas, multiplicar las fuentes de trabajo y formar hombres libres de los prejuicios seculares. Los conservadores sostenían el mantenimiento del orden colonial.

El choque entre las dos corrientes se prolongó durante más de tres décadas, hasta que el movimiento liberal, que se había identificado con las demandas

del pueblo y con los intereses de la nación, estableció definitivamente la República democrática y representativa, y expidió la Constitución de 1857, a la que se agregarían las Leyes de Reforma, normas mucho tiempo ambicionadas por los más preclaros pensadores revolucionarios.

¿A qué clases representaban los liberales? A las mismas que los insurgentes, sólo que ya en la última mitad del siglo XIX los sectores sociales, por su propia y rápida evolución debida a la independencia política nacional, se habían definido con mayor precisión. Representaban a los rancheros endeudados con la Iglesia, a los aparceros y a los peones agrícolas explotados por los hacendados, a los trabajadores de los obrajes, a los oficiales y aprendices de los talleres artesanales, a los profesionistas criollos y mestizos que habían sido postergados durante el Virreinato, a los pequeños comerciantes, a los jefes y oficiales del ejército formado en la revolución, a los intelectuales y escritores influidos por las ideas progresistas de Europa y Norteamérica, y al clero mexicano, mestizo e indígena, especialmente a los sacerdotes en contacto diario con el pueblo, que jamás habían logrado escalar los puestos de la alta jerarquía eclesiástica. Los conservadores representaban a la Iglesia latifundista y a sus privilegios sociales y políticos, que le habían permitido actuar con un poder mayor que el de la autoridad civil, y a los sectores asociados a ella por sus intereses materiales.

Valentín Gómez Farías, Melchor Ocampo, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Ponciano Arriaga, Francisco Zarco, y la enorme figura de Benito Juárez, representaron la izquierda hasta el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo y la victoria final de la República.

LA DICTADURA PORFIRISTA

Examinado el régimen del general Porfirio Díaz desde el punto de vista de las ideas que lo presidieron y ayudaron a su mantenimiento durante más de treinta años, nada puede servir mejor para ese propósito que el análisis de la filosofía positivista, adoptada oficialmente por el gobierno.

Cuando la burguesía llega a constituir la clase dominante en las principales naciones europeas, crea sus ideólogos que difunden los principios que justifican su poder y afirman su progreso ininterrumpido. Herbert Spencer y Stuart Mill en Inglaterra, y Augusto Comte en Francia, entre otros, son los filósofos de la clase burguesa. Esos tres pensadores habrían de tener una influencia grande en nuestro país en la formación de los profesionistas e intelectuales en las últimas décadas del siglo pasado y en las primeras del actual.

Comte es el autor de la filosofía positivista. Todo esfuerzo por penetrar en la esencia de los fenómenos, dice, es metafísica. No existen leyes objetivas en la naturaleza y en la vida social. La ciencia tiene como fin la descripción de las sensaciones subjetivas del hombre. La evolución social depende de las ideas,

de los tres estados por los que ha pasado: el teológico, el metafísico y el positivo. Identifica a la sociología con la mecánica y la biología, y defiende el "orden" en el seno de la sociedad, que se basa en la propiedad privada de los medios de la producción y en el progreso obligado de la comunidad humana, en el régimen burgués desembarazado de sus contradicciones internas, sin lucha de clases.

Esa doctrina adquirió rápidamente carta de naturalización entre nosotros, porque explicada para los fines del régimen, postulaba el "orden" que Porfirio Díaz había impuesto y aseguraba el "progreso" al que aludía con orgullo el dictador, mostrando las obras materiales que había construido y las medidas que habían mejorado la administración pública. Pero las contradicciones entre las formas de producción y sus relaciones con la sociedad produjeron la crisis.

LA REVOLUCIÓN

En una situación como la que vivía México entonces, con el latifundismo llevado hasta sus últimos extremos por la concentración de la tierra en manos de una minoría social en la que se apoyaba el régimen, y que había remplazado y superado al latifundismo eclesiástico; con una población activa rural mayoritaria, sujeta a prácticas próximas al feudalismo y a la esclavitud; sin legislación social que reconociera los derechos de la clase obrera; sin respeto para los derechos del hombre y los partidos políticos, y con una burguesía que miraba hacia el extranjero, de espaldas a su patria, en la época inicial de la expansión del imperialismo sobre México y otras naciones de la América Latina, el único camino era la Revolución.

Los agricultores y ganaderos del norte con interés en la industria, enemigos del latifundismo, como Francisco I. Madero y Venustiano Carranza. Los campesinos de las haciendas feudales del centro y del sur, como Emiliano Zapata. Los líderes anarcosindicalistas que exigían respeto para los derechos del proletariado, como Ricardo Flores Magón. Los exponentes de la Reforma Agraria y de la modernización de la agricultura, como Andrés Molina Enríquez. Los partidarios de barrer los obstáculos con que tropezaba la democracia burguesa, como Camilo Arriaga. Y con ellos, después, los consejeros de los jefes del ejército popular que tuvo la tarea de liquidar a las fuerzas armadas de la dictadura, como Luis Cabrera, dirigieron la lucha.

Esos sectores sociales aspiraban al poder para sustituir a los hacendados, comerciantes, banqueros, caciques y militares que gobernaban al país, apoyados en los capitalistas extranjeros que tenían intereses en México, y establecer bases nuevas para una estructura económica y social distinta a la del pasado. Sus dirigentes habían superado ya el liberalismo del siglo XIX y se acercaban sentimentalmente a los principios del socialismo en algunos problemas, pero su mira principal consistía en impulsar las fuerzas de la producción mediante

una reforma agraria, la nacionalización de las principales riquezas naturales y el desarrollo de la industria, el reconocimiento de los derechos de la clase obrera, el respeto al sufragio, el señalamiento de condiciones para las actividades de los extranjeros en el país y para la Iglesia ligada a la dictadura. Ellos representaban la izquierda en aquel momento y por eso combatieron la filosofía del positivismo identificada con el régimen y las teorías políticas que intentaban justificarlo.

Los obreros constituían un porcentaje pequeño dentro de la población económicamente activa y no estaban organizados en sindicatos modernos ni en partidos. Por eso no intervinieron en la dirección de la lucha armada ni de la lucha política. La Revolución fue una revolución democrático-burguesa, antifeudal y antimperialista, conducida por los elementos más representativos de la burguesía urbana y rural sin acceso al gobierno de la nación.

El estudio atento de los debates en el seno del Congreso Constituyente de 1916, de los documentos relativos al trabajo de las comisiones especiales que redactaron los artículos 27 y 123 de la nueva Constitución, y de las obras publicadas después por algunos de los diputados y funcionarios que participaron en la elaboración del nuevo orden político del país, así como de los planes revolucionarios inmediatamente anteriores a la Revolución y de las proclamas, bandos y decretos de los jefes del ejército popular, confirman que una nueva clase social, la burguesía, con las características que tenía entonces, encabezó la lucha ideológica y armada contra el sistema semifeudal y esclavista de largos años.

Las demandas de esa burguesía fueron recogidas por la nueva Constitución. En el campo económico estableció los siguientes principios: la propiedad de las tierras y aguas comprendidas dentro de los límites del territorio nacional corresponde a la nación; la propiedad privada no es sino la transmisión del dominio de ellas a los particulares; la nación tendrá en todo tiempo el derecho de imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público; tendrá también el derecho de regular el aprovechamiento de los elementos naturales susceptibles de apropiación, para hacer una distribución equitativa de la riqueza pública; los latifundios serán fraccionados; se dotará de tierras y aguas a los núcleos de población rural; se crearán nuevos centros de población agrícola; se respetará la pequeña propiedad agrícola en explotación; la nación tiene el dominio directo de todos las minerales, los yacimientos de piedras preciosas y las salinas, los yacimientos de materias utilizables como fertilizantes, los combustibles minerales sólidos, el petróleo y todos los carburos de hidrógenos sólidos, líquidos o gaseosos; son propiedad de la nación las aguas de los mares territoriales y las aguas interiores; sólo los mexicanos tienen derecho a la explotación de esos recursos, excepto el petróleo y los hidrocarburos; los extranjeros podrán hacerlo también si convienen en considerarse como nacionales respecto de dichos bienes y en no invocar la protección de

sus gobiernos, pero en una faja de cien kilómetros a lo largo de las fronteras y de cincuenta en las playas, por ningún motivo podrán adquirir el dominio directo sobre tierras y aguas.

En el terreno social, los derechos fundamentales de la clase obrera, ampliados después por el establecimiento de la seguridad social y de los seguros sociales, por una sistemática labor de saneamiento de las zonas insalubres, de servicios municipales a numerosos poblados, la construcción de viviendas baratas para trabajadores, la participación de estos servicios a los maestros de escuela y a los servidores del Estado, y la extensión de los seguros al campo y a los miembros de las fuerzas armadas.

En educación, la sustitución de la escuela laica, ajena a todo credo religioso —tesis de la Constitución de 1857 y de la de 1917 en su primer texto— por la enseñanza basada en los resultados del progreso científico; en la democracia, entendida como un sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo; en el amor a la patria y en la conciencia de solidaridad internacional apoyada en la independencia y en la justicia; en la comprensión de nuestros problemas, el aprovechamiento de nuestros recursos, la defensa de nuestra independencia política, el aseguramiento de nuestra independencia económica y la continuidad y acrecentamiento de nuestra cultura, y la mejor convivencia humana de acuerdo con los ideales de fraternidad e igualdad de derechos de todos los hombres, evitando los privilegios de razas, sectas, grupos, sexos o individuos. A estos principios la Constitución agrega que los particulares sólo podrán impartir educación primaria, secundaria y normal, así como la dedicada a los obreros y campesinos, con autorización previa del poder público, que podrá ser negada o revocada sin que contra tales resoluciones proceda juicio o recurso alguno, y sujetándose a los principios expuestos y a los planes y programas oficiales, con excepción de las corporaciones religiosas, los ministros de los cultos, las sociedades por acciones que realicen actividades educativas y las asociaciones ligadas con la propaganda de cualquier credo religioso, que no podrán intervenir en los planteles en que se imparta esa educación.

EL DESARROLLO CONTEMPORÁNEO

La Revolución Mexicana, de acuerdo con estas normas y teniendo como fundamentos de la política internacional del Estado el derecho de autodeterminación de los pueblos y el principio de no intervención en los asuntos que competen a la soberanía de las naciones, en el último medio siglo liquidó las formas feudales y esclavistas de producción en el campo, diversificó y modernizó la agricultura, impulsó el desarrollo de la industria de bienes de consumo, construyó obras de irrigación, carreteras y caminos, multiplicó las escuelas primarias, creó las rurales, las secundarias y los institutos politécni-

cos, organizó y amplió los servicios de asistencia, los seguros sociales, y emprendió la tarea de nacionalizar las industrias básicas —petróleo, petroquímica, electricidad, carbón, fierro y acero— los ferrocarriles, parte de la aviación comercial y las comunicaciones, y creó nuevas empresas estatales de producción —fertilizantes, papel, carros de ferrocarril y montaje de automóviles— que al lado de otros ya existentes —azúcar, textiles, etcétera— han constituido una base importante y nueva de la economía nacional.

Pero al lado de esta evolución económica propia, tendente a multiplicar las fuerzas productivas y a ampliar el mercado interior, los monopolios extranjeros, especialmente los norteamericanos, en el periodo de la posguerra han aumentado sus inversiones en tal forma que han colocado a México en la condición de un país semicolonial, agudizando las contradicciones sociales domésticas y el antagonismo entre los intereses nacionales y el imperialismo.

En 1940, las inversiones extranjeras directas en México llegaban a 2 262 millones de pesos. En 1960 subieron a 13 516 millones. En consecuencia, en los últimos veinte años se han elevado seis veces y se han orientado hacia la industria —56 por ciento del total— y al comercio —18 por ciento del total— representando la minería sólo el 16 por ciento del total.

De esas inversiones, las norteamericanas representaban en 1939 la cantidad de 1 385 millones de pesos y en 1960 la de 13 516 millones, más de las cuatro quintas partes del total de las inversiones extranjeras, a las que hay que agregar su participación en bancos, sociedades financieras y compañías de seguros.

Por estos datos es fácil apreciar dos hechos de enorme importancia: la formación de nuevas clases sociales, que al estallar la Revolución en 1910 no existían, y la aparición de partidos políticos que, a pesar de sus debilidades y defectos de organización, han remplazado a los movimientos políticos del siglo XIX, y corresponden ya a un país que ha entrado en la etapa capitalista, luchando, al mismo tiempo, por su progreso económico independiente.

LAS CLASES SOCIALES

La burguesía que ha dirigido la vida de México en el último medio siglo no es la burguesía de un país altamente desarrollado, como la de los Estados Unidos, de la Europa Occidental o la del Japón. En estos países se ha concentrado el capital nacional hasta formar monopolios y supermonopolios que centralizan en breves grupos el dominio de la vida económica y política. En el nuestro, la burguesía no es homogénea ni obedece a los mismos intereses. Está dividida en varios sectores y tendencias que explican la aparente confusión de la vida política, y que es importante precisar para no llegar a conclusiones erróneas y derivar de ellas orientaciones y actividades equivocadas, pues la única forma válida de definir a una clase social es la de saber la proporción en que participa en la propiedad de los instrumentos de la producción y del cambio.

Partiendo de ese hecho, las fuerzas que intervienen en las cien empresas más importantes del país son las siguientes: 24 empresas del Estado con ingresos de 10 mil 153 millones anuales; 20 empresas de capital nacional privado sin ligas con el extranjero, con ingresos de 3 mil 789 millones de pesos; 39 empresas controladas por el capital extranjero, con ingresos de 9 mil 340 millones y 17 empresas de capital extranjero y nacional, con ingresos de 4 mil 798 millones anuales. El capital nacional —del Estado y de la burguesía nacional independiente— en las cien principales empresas del país representa a 44 de ellas, con ingresos de 13 mil 942 millones anuales, y el capital extranjero, tomando en cuenta su influencia en las empresas en las que participa con el capital nacional, representa a 56 empresas con ingresos de 14 mil 138 millones.

La burguesía nacional se divide, en consecuencia, desde el punto de vista de su participación en la producción, en estos sectores: el de la burguesía que maneja las empresas del Estado; el de la burguesía nacional independiente; el de la burguesía ligada a los monopolios extranjeros, y el de la burguesía que sirve a las inversiones directas extranjeras, integrada por directores, administradores, técnicos, publicistas, etcétera.

Dentro de la burguesía no subordinada a los capitales extranjeros, todavía hay que diferenciar al sector de las empresas del Estado, cuyo objetivo principal no es el logro de ganancias, sino el de servir al desarrollo autónomo del país, del sector privado independiente, que trata de obtener para sus inversiones las mayores utilidades posibles.

Frente a la burguesía nacional y extranjera están las clases sociales que no participan en la propiedad de los instrumentos de la producción. La clase obrera, las masas rurales, la pequeña burguesía urbana, compuesta por intelectuales, profesionistas, técnicos, empleados, profesores y otras capas sociales que viven del fruto de su trabajo.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Los partidos son organismos en los que se agrupan individuos de las mismas tendencias ideológicas, que tratan de alcanzar el poder para implantar sus programas y convertirlos en normas de gobierno. Es decir, son agrupaciones que responden a intereses de una clase social y le sirven de instrumento de propaganda, de agitación y de lucha para alcanzar sus objetivos inmediatos y futuros.

Pero no en todos los países del mundo las diversas clases sociales cuentan con partidos políticos. Por causas de formación histórica, de desarrollo económico y social, de educación y por otros motivos, existen clases sociales sin partidos con suficiente arraigo e influencia entre las personas que las integran. Y también una misma clase social cuenta, a veces, con dos o más partidos políticos, según los sectores que la constituyen, particularmente en donde el

progreso económico no ha llegado a diferenciar definitivamente a las clases que en él intervienen. Este fenómeno se da, sobre todo, en los países en vías de desarrollo, como en los países coloniales y semicoloniales.

La Revolución Mexicana, al comenzar a romper la estructura económica del pasado y a desarrollar las fuerzas productivas en las diversas ramas de la economía nacional, creó la coyuntura para el nacimiento de los partidos políticos. Todavía llenos de confusiones teóricas, como era natural que ocurriera, aparecieron partidos con tendencias socialistas, como el Partido Socialista del Sureste (1916), el Partido Socialista Obrero (1917), una de cuyas ramas se transformaría después en el Partido Laborista Mexicano (1920), el Partido Comunista Mexicano (1919), el Partido Socialista Michoacano (1920), el Partido Socialista Fronterizo (1924), y más tarde, con la misma inspiración, el Partido Socialista de las Izquierdas, de Veracruz (1933) y otros que no llegaron a desarrollarse.

Los dirigentes de la mayoría de esos partidos eran algunos de los que habían capitaneado como ideólogos o jefes del ejército popular al movimiento revolucionario. Subsistieron sólo dos: el Partido Comunista y el Partido Laborista, que en crisis desde años antes desapareció en 1935. Los otros fueron absorbidos por el Partido Nacional Revolucionario (PNR), creado por el general Plutarco Elías Calles, al dejar de ser Presidente de la República (1929), para disolver a los pequeños partidos locales que giraban alrededor de caudillos de segundo orden y dotar a la burguesía en el poder, que adquiría ya conciencia de clase, de un instrumento de dominio político.

Al llegar a la dirección del PNR, el general Lázaro Cárdenas, a invitación suya ingresaron en el partido miles de obreros y campesinos que influyeron en muchas de sus resoluciones importantes, incluyendo su programa; pero ya entonces apuntaban dos corrientes en el seno de la agrupación: la de los trabajadores y la de la burguesía gobernante, que empezaba a establecer las bases para el desarrollo capitalista del país, y que rápidamente monopolizó la dirección del partido. Por ese hecho fue perdiendo su orientación social avanzada hasta que dejó de tener influencia sobre las masas del pueblo.

En 1938, días después de la expropiación de las empresas de la industria del petróleo, el PNR quedó disuelto al crearse el Partido de la Revolución Mexicana (PRM). No era un partido como el anterior, sino una alianza de la clase obrera representada principalmente por la Confederación de Trabajadores de México, de los sectores rurales agrupados en la Confederación Campesina Mexicana, de los jefes del ejército nacional en su carácter de ciudadanos, y de los elementos políticos identificados con el gobierno, a cuyo grupo se le dio el nombre de "sector popular". El PRM nació para evitar una asonada o un golpe de Estado contra el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas que hacía tiempo preparaban los monopolios petroleros internacionales, la "quinta co-

lumna" de los alemanes nazis y los españoles adictos a la Falange radicados en México.

El PRM fue un frente nacional democrático creado en un momento de emergencia lleno de peligros para nuestro país. El Partido Comunista Mexicano solicitó su ingreso en él para cerrar filas con todas las fuerzas antimperialistas y antifascistas. Fue tal la influencia del PRM que no sólo hizo abortar los preparativos para una guerra civil, sino que realizó la sucesión presidencial sin grandes obstáculos.

Al asumir la Presidencia de la República el general Manuel Ávila Camacho, retiró a los jefes del ejército del PRM. Ese hecho disminuyó la autoridad y la influencia de la agrupación, que siguió actuando por inercia; y como no había sido concebida como un organismo permanente ni su estructura obedecía a la de un partido político, se le cambió de nombre al iniciarse la campaña para las elecciones generales en 1946, por la extraña denominación de Partido Revolucionario Institucional (PRI), manteniendo la estructura del pacto que dio origen al PRM en condiciones completamente distintas, la cual ha producido su falta de militancia y su limitación a un simple instrumento electoral del Estado.

Fue en ese momento cuando un grupo de dirigentes obreros y campesinos, de intelectuales progresistas y de estudiantes, se dio a la tarea de organizar un nuevo partido, que lucharía por la ampliación del sistema democrático sobre la base de garantizar la existencia y la libre actividad de los partidos democráticos y de establecer el sistema de la representación proporcional; por la elevación sistemática del nivel de vida de las masas populares, implantando la escala móvil de los salarios, mejorando y llevando los seguros sociales a todos los sectores pobres de la sociedad, incluyendo los subsidios para los desocupados; por mayores derechos para la clase obrera; por la defensa de los diversos sectores de la clase media; por el mejoramiento económico, técnico y social de las fuerzas armadas; por la aplicación resuelta de la Reforma Agraria; la nacionalización de los recursos naturales y de la industria básica; por el señalamiento de condiciones para las inversiones del capital extranjero; por un sistema fiscal que establezca límites a las ganancias de las empresas y por una política internacional basada en los principios del derecho de autodeterminación de los pueblos, de la no intervención en la vida interior de las naciones, y en relaciones amistosas con todos los países del mundo, solidaridad con los pueblos, coloniales y semicoloniales, y en la lucha por la paz. Después de dos años de preparación pública, en 1948 nació el Partido Popular.

Como era lógico que aconteciera, dirigido el Partido Popular principalmente por líderes de la clase obrera que sustentaban la filosofía del socialismo científico, y en virtud de su lucha sistemática en todos los frentes, desde el ideológico hasta el electoral, y contando como base a los obreros, campesinos, maestros e intelectuales más politizados del país, pasó de partido antimperialista e impulsor de la Revolución Mexicana hasta sus últimas consecuencias,

a partido que, además de estos objetivos, preconizó, a los siete años de fundado, en 1955, la democracia popular como meta del desarrollo del país y, después, el advenimiento del régimen socialista. En su Tercera Asamblea Nacional realizada en el mes de octubre de 1960, revisó su estructura, acentuando el sistema del centralismo democrático, adoptó la doctrina del materialismo dialéctico como guía de su acción, y cambió su nombre por el de Partido Popular Socialista.

La burguesía conservadora y la facción reaccionaria tradicional formaron también sus partidos. El clero católico había rechazado la Constitución de 1917 y realizado contra ella una intensa campaña internacional, pero sin acatarla en muchos de sus preceptos que a su juicio afectaban sus intereses, esperó el momento oportuno para reanudar su lucha hasta obligar al gobierno a reformarla de acuerdo con sus exigencias. En 1926 organizó y dirigió la rebelión armada de los "cristeros", aunque un grupo de los jerarcas de la Iglesia para no asumir la responsabilidad del movimiento subversivo se mantuvo a la expectativa. Terminado el conflicto, los directores políticos de la Iglesia esperaron otra ocasión para insistir en sus demandas, proclamando siempre su desacato a la Carta Magna. El avance del fascismo en Europa con el triunfo de Mussolini en Italia, de Hitler en Alemania y de Franco en España, facilitó su propósito. En 1937 se organizó la Unión Nacional Sinarquista (UNS), a iniciativa de un alemán agente del nacionalsocialismo, de un agente de la Falange que había combatido a la República Española y de algunos elementos clericales fanáticos. Su propósito no era sólo el de oponerse a la labor del presidente Cárdenas, tratando de derrocarlo, sino el de esperar la victoria de las potencias encabezadas por la Alemania nazi para tomar el poder en nuestro país. Por eso se organizó como un partido militarizado, con un mando rígido confiado a un "jefe", a la manera del *führer* que los inspiraba. Altos dignatarios de la Iglesia, a través de sus numerosos instrumentos de contacto con el pueblo, proporcionaron las masas al grupo creador del sinarquismo: los campesinos más pobres, más ignorantes, más confundidos y desesperados. La derrota de los nazis y sus aliados cerró la perspectiva a ese organismo, que se mantiene aún, pero sin la fuerza ni la mística contrarrevolucionaria que tuvo al principio.

La burguesía de derecha, influida por el clero, no podía incorporarse, por razones de clase, a la Unión Nacional Sinarquista. Un año después de nacida ésta, creó el Partido de Acción Nacional (PAN) en 1938, dirigido por banqueros y hombres de negocios conservadores, con un programa que tiene como mira principal establecer en México el orden socialcristiano, estorbar el desarrollo de la nación con independencia del imperialismo, combatir a las ideas progresistas y penetrar en todos los órganos posibles del aparato del Estado para servirle de freno.

En suma, dentro del panorama político actual tres son las principales corrientes de opinión, ligadas a las clases y sectores más definidos de la sociedad

mexicana. Una es la que representa la burguesía gobernante, llena de contradicciones internas, de titubeos, con aspectos altamente positivos y negativos en su labor, presionada por las fuerzas de la derecha y el imperialismo. Su órgano político es el Partido Revolucionario Institucional.

Otra es la corriente que representa a la reacción clerical y a la burguesía ligada al imperialismo. Sus órganos políticos son la Unión Nacional Sinarquista y el Partido (de) Acción Nacional.

La tercera corriente representa a la clase obrera. Sus órganos políticos son el Partido Popular Socialista y el Partido Comunista Mexicano.

LA IZQUIERDA

La izquierda ha sido, en todas las épocas, la actividad política fundada en una concepción revolucionaria del desarrollo de la sociedad, que expresa los intereses de los sectores resueltos a sustituir en el poder a los que lo detentan. Es siempre, en consecuencia, una clase social nueva, que emerge del régimen establecido y se propone la transformación progresiva de la sociedad, a la que debe considerarse, con su doctrina filosófica, como la fuerza de izquierda, dentro de las características peculiares de un momento histórico determinado.

El siglo XVI en México es el siglo de la Conquista. No hay una clase social que aspire al poder, que se está instaurando apenas por medio de la violencia. Pero las ideas que renuevan al mundo se levantan aquí, en nombre de los indios y de la humanidad, para impedir los crímenes que se cometen contra la población autóctona en nombre de autoridades llamadas legítimas. Esas ideas marcan, desde entonces, el debate entre las clases explotadas y sus explotadores, que no concluye todavía.

Los mestizos y los criollos, formados durante los siglos XVII y XVIII, constituyen la nueva clase social que ha de remplazar a los españoles peninsulares que tienen el poder económico, eclesiástico, administrativo, cultural y militar de la Colonia. Sus ideas son las de la burguesía revolucionaria del viejo mundo, que demuelen el orden feudal en todos sus aspectos, y que aquí impusieron los Reyes Católicos.

Lograda la independencia nacional, los liberales vencen a los conservadores, pero han de gobernar a un país de agricultura arcaica, sin industrias, sin comunicaciones, sin fuerzas productivas bastantes para mantener a la población que crece a pesar de su miseria. Expropian los bienes de "manos muertas" para ampliar el mercado interior y abren las puertas a la libre iniciativa de los individuos, liquidando las corporaciones de todo género para enriquecer a la nación. A los más preclaros representantes de la nueva clase social les toca la tarea dolorosa y gigantesca de hacer frente a las dos guerras infames que le imponen a nuestro pueblo los esclavistas de los Estados Unidos del Norte y el

gobierno de la monarquía francesa, en quiebra definitiva. Salvan al país y consolidan la República, llevándola al escenario del mundo.

Hacia fines de ese dramático siglo XIX se desarrolla una nueva clase social adversa al latifundismo y a la acción irrestricta de las inversiones extranjeras en nuestro territorio, con mentalidad burguesa y actitud nacionalista. Es la clase social que dirigirá la Revolución que estalla en 1910, la llevará al triunfo y establecerá las bases materiales y políticas para el México contemporáneo. Las ideas de sus más capaces exponentes, ligados a la industria que se desenvuelve, a los obreros que empiezan a adquirir conciencia de su clase, a las masas rurales que forman las nuevas fuerzas armadas del país, y resueltas a impulsar la producción económica, la educación popular y la formación de los capitales nacionales, son las de la burguesía moderna; pero de un país semicolonial que tiene que crear simultáneamente las nuevas fuerzas productivas y defenderlas de la presión económica exterior.

A cincuenta años de distancia de la victoria de la Revolución, y por el desarrollo económico, social, político y cultural del país, las clases sociales se han diferenciado más que nunca, se han agudizado sus antagonismos y los de la nación con los monopolios extranjeros. También el mundo de hoy es completamente distinto al de hace medio siglo: dos sistemas de la vida social —el capitalista y el socialista— constituyen ejemplos que influyen, por sus fundamentos ideológicos y programáticos, por sus realizaciones y por su política internacional, en los trabajadores, en las masas populares y en la juventud de todos los países de la Tierra.

Los pueblos coloniales han conquistado su independencia nacional simultáneamente. Antes de una década, el colonialismo habrá desaparecido de la faz del planeta. Los pueblos con independencia política, pero sometidos aún, en mayor o en menor proporción, a los monopolios extranjeros, luchan abiertamente para emanciparse del imperialismo.

Todas las rutas de la historia conducen hoy hacia el socialismo. En cada país las fuerzas progresistas, guiadas por el partido de la clase obrera, con métodos propios, de acuerdo con su tradición, su cultura y su grado de desarrollo, construyen su propio camino hacia el socialismo. El régimen capitalista, que vive su crisis final, ha dejado de ser modelo y estímulo para el progreso de la sociedad.

La clase obrera es también, entre nosotros, la que aspira a transformar la estructura y la vida social de México. La división que ha sufrido en los últimos años en sus sindicatos y la falta de unidad de sus dos partidos, son hechos transitorios, problemas que la dinámica de los acontecimientos domésticos e internacionales resolverá, porque no hay fuerza capaz de impedir que una clase social en ascenso histórico logre sus objetivos inmediatos y futuros.

En el México de hoy, la izquierda está representada por el Partido Popular Socialista y el Partido Comunista Mexicano, porque son los partidos que luchan por el advenimiento del régimen socialista.

ESTRATEGIA Y TÁCTICA

La estrategia en política consiste en hacer aliados para la causa que se defiende y en restarle aliados al adversario. La táctica es el método de emplear eficazmente las fuerzas disponibles, en el momento oportuno, para alcanzar el objetivo propuesto.

En los países capitalistas altamente desarrollados, en los que dominan los grandes monopolios, la clase obrera es la única fuerza progresista y no cuenta con aliados. La lucha de clases sistemática y redoblada es la única táctica posible. En los países coloniales que trabajan por su libertad, la estrategia de la clase obrera estriba en unir a todos los sectores sociales partidarios de la independencia nacional y en asumir la vanguardia de la lucha. En los países en vías de desarrollo, que se esfuerzan por progresar liberándose de la influencia que sobre ellos ejerce el imperialismo, la estrategia de la clase obrera consiste en crear un gran frente nacional con todos los partidos, agrupaciones sociales y personas que puedan coincidir en el logro de objetivos concretos encaminados hacia ese fin, independientemente de sus discrepancias ideológicas y de sus antagonismos de clase, y en colocarse en el primer lugar del combate.

NUESTRA EXPERIENCIA HISTÓRICA

La revolución que encabezó el cura Miguel Hidalgo y Costilla fue un frente nacional de fuerzas sociales discrepantes entre sí, pero unidas en un solo objetivo: la independencia de México. La revolución presidida por Benito Juárez fue también un frente nacional de sectores sociales disímbolos, con un propósito único: liquidar la estructura colonial del país y hacer del Estado la única autoridad de la nación. La Revolución iniciada por Francisco I. Madero fue, asimismo, un frente nacional de clases y sectores diferentes, partidarios del progreso económico y social dentro del marco de la democracia burguesa.

EL PROBLEMA ACTUAL

La revolución pacífica de hoy, tendente a acelerar el desarrollo del país para liberarlo del imperialismo, tendrá éxito sólo en la medida en que todos los partidos, organizaciones y personas que coincidan en ese objetivo coordinen sus esfuerzos, a pesar de sus diferencias ideológicas y de los intereses que representen.

Por muchas causas que todos pueden advertir con una simple observación del panorama político de México, pensar que el frente nacional democrático y antimperialista puede formarse en las actuales circunstancias como un organismo con estatutos que establezcan una estructura rígida, una dirección centralizada y métodos de trabajo a los que todos los que lo integren deban obedecer, es un grave error, porque una agrupación así concebida dejaría al margen a las fuerzas más representativas, más combativas y más probadas por el progreso independiente de la nación.

Este problema se ha presentado recientemente con motivo de la aparición del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), todavía no estructurado en definitiva, pretendiendo ser el frente nacional de las fuerzas que luchan por la emancipación de México respecto del imperialismo, pero con las características de un organismo de afiliaciones individuales y dirección centralizada, sin que en ella intervengan los partidos políticos y las agrupaciones sociales representativas de las diversas clases y sectores antimperialistas de la nación. Por añadidura, al MLN lo caracterizan sus dirigentes como una agrupación de izquierda, no siendo un partido político y, por tanto, sin que pueda ser un partido de la clase obrera.

El frente nacional antimperialista que nuestro pueblo necesita, en este periodo de su evolución, debe ser una alianza de todos los patriotas, de todos los que coincidan en el progreso económico independiente de México, para elevar los niveles de vida del pueblo, ampliar el régimen democrático y asegurar la independencia política de la nación. Un movimiento así no puede sustentar una filosofía única, porque no la compartirían todos sus integrantes, y porque sus fines son históricamente transitorios, en tanto que el partido de la clase obrera tiene metas inmediatas y lejanas, y no desaparece ni después de establecido el régimen socialista.

LA BURGUESÍA NACIONAL

Una de las discrepancias que han hecho imposible, no sólo la unidad del Partido Popular Socialista y del Partido Comunista, sino su acción conjunta, es la caracterización de la burguesía mexicana. Para el PCM, la burguesía que gobierna es una clase social que ha dejado de ser revolucionaria, aun dentro del marco del capitalismo, y se ha convertido en un instrumento del imperialismo yanqui. Para el PPS, la burguesía gobernante, a pesar de sus repliegues en el camino de la revolución de la cual surgió y de sus concesiones a las fuerzas enemigas del pueblo y de la nación, no puede ser clasificada de esa manera, porque ahí están los hechos que desmienten tal concepto: la creación de las empresas del Estado, entre las que figuran las de la industria básica, que son la sola fuerza económica de la que se puede partir para el progreso independiente del país; la reanudación de la Reforma Agraria; la ampliación

constante de los seguros sociales y de los servicios de salubridad y asistencia; el desarrollo de la educación en todos sus grados y la política internacional clara y justa del Estado mexicano, demuestran que, aun librando una batalla cotidiana en su propio seno, porque el gobierno no es ni ha sido homogéneo desde 1910 hasta hoy, los elementos partidarios del progreso se han impuesto muchas veces a los otros, y es a ellos, en el curso de los últimos cincuenta años, a quienes se debe que nuestro país, con excepción de Cuba, que marcha hacia el socialismo, se encuentre en una situación de vanguardia en la América Latina en muchos aspectos de la vida social.

Para el PPS el enemigo actual del pueblo mexicano no es el gobierno, ni siquiera la Iglesia católica, sino el imperialismo norteamericano, sin cuya intervención nociva, que deforma nuestra evolución e influye negativamente sobre nuestra vida política, las fuerzas reaccionarias y la burguesía conservadora carecerían de apoyo y de estímulo.

Si en vez de hacer una alianza contra el imperialismo se intenta contra el gobierno, invirtiendo los términos de la dialéctica histórica al confundir las causas con los efectos y los efectos con las causas, quienes así proceden adoptan la misma actitud que la de los enemigos verdaderos de México y los numerosos provocadores que, disfrazados de elementos revolucionarios, son simples agentes del imperialismo.

El frente nacional democrático, patriótico y antimperialista es difícil de lograr, pero no imposible. He citado ejemplos del pasado, pero hay recientes, como el de la demanda de los sectores más representativos del país de la nacionalización de la industria eléctrica, que llevó a cabo el actual gobierno.

Unir a los partidos, organizaciones políticas, agrupaciones sociales y a las personalidades con autoridad ante el pueblo, por lo que tienen en común y no por las discrepancias que los separan, para impulsar al poder público hacia adelante y combatir a los aliados del enemigo histórico de México, es la única actitud eficaz para la izquierda y para las fuerzas progresistas. Hacer causa común con el adversario verdadero de nuestro desarrollo independiente es colocar obstáculos, de un modo voluntario, en el camino del pueblo.

Cuando el PPS expresa su apoyo a las medidas positivas del gobierno, sobre todo las que contribuyen al aumento del poder económico de la nación, lo hace *por razones proletarias y no burguesas,* porque la transformación de la democracia capitalista en democracia popular y después en democracia socialista, es un proceso y no un salto intempestivo sin antecedentes. Día a día es necesario crear las condiciones para llegar al gobierno del proletariado, lo mismo reduciendo la intervención del imperialismo en la vida económica de nuestro país, que ampliando la democracia burguesa que le permite a la clase obrera organizarse, adquirir experiencia y capacitarse para asumir el poder cuando las circunstancias objetivas y subjetivas lo indiquen. Proceder de otro modo es

anarquismo anacrónico, trotskismo que huele a dólares o desesperación pequeño burguesa que lleva a la amargura incurable o al suicidio político.

MENSAJE

Es hora de meditar en los peligros, internos y provenientes del exterior, que se ciernen sobre México. Los elementos democráticos, especialmente los revolucionarios, tenemos una responsabilidad que no podemos eludir, ante el presente y el futuro inmediato de nuestro pueblo y de nuestra patria.

Es tiempo ya de no discutir por adjetivos sino por sustantivos, y lo único que tiene existencia real y permanente es el pueblo. A él debemos dedicar la pasión de nuestra intransigencia.

Porque ser radical, como decía Carlos Marx, es tomar las cosas por su raíz, y tratándose del hombre, la raíz es el hombre mismo.

México, D. F., 10 de agosto de 1962.

LA IZQUIERDA EN MÉXICO Y SUS PROBLEMAS

Para la señorita Dolores de la Mora,
colaboradora de *Siempre!*

La izquierda está representada, en las diversas etapas del desarrollo histórico, por la clase social que aspira al poder, con principios y objetivos nuevos, distintos a los que tiene la clase social gobernante. Las otras fuerzas políticas las forman los partidarios del mantenimiento de la situación que prevalece, sin cambio alguno, y los que sólo proponen reformas al régimen social establecido, sin tocar su esencia.

En nuestra época sólo hay dos clases sociales decisivas en los países capitalistas: la burguesía y el proletariado. La burguesía gobierna y la clase obrera lucha por remplazarla en la dirección del Estado y de la sociedad. La burguesía defiende el sistema de la propiedad privada de los instrumentos de la producción y del cambio. El proletariado postula la socialización de esos instrumentos. Ante esta cuestión, que es la sustancia del debate histórico contemporáneo, los partidos políticos se definen por sí mismos, según opten por cualquiera de los términos del dilema. Los partidos que no se proponen el cambio de la sociedad capitalista por la sociedad socialista, no pueden constituir la izquierda. La integran sólo los que tratan de alcanzar ese objetivo.

En los países semicoloniales, como México, la izquierda puede y debe concertar alianzas con los sectores de la pequeña burguesía, urbana y rural, y de la gran burguesía, dispuestos a luchar por el progreso económico nacional con independencia del imperialismo. Pero esos aliados de la izquierda no son la izquierda, sino factores que, impulsados y dirigidos por la izquierda, pueden formar con ésta un gran frente nacional democrático por el desarrollo de su país, hasta lograr su emancipación de la influencia del extranjero.

En consecuencia, sólo el partido político de la clase obrera representa a la izquierda. El hecho de que, como hoy ocurre, la izquierda en México tenga dos partidos —el Partido Popular Socialista y el Partido Comunista Mexicano— en lugar de uno solo no invalida la tesis expuesta. Se trata de un hecho transitorio que tendrá, pronto o después, una solución: la unidad y la formación de un partido único de la clase obrera, que ha de luchar por el socialismo,

por el camino propio de México, de acuerdo con las condiciones objetivas y subjetivas domésticas y las condiciones de carácter internacional.

México, D. F., 17 de septiembre de 1962.

ALGUNAS FUENTES PARA EL ESTUDIO DEL TEMA

Como lo acostumbra el autor, se señalan enseguida algunos materiales de fácil consulta para quienes deseen conocer un poco más las cuestiones comprendidas en los artículos que anteceden. Para el estudio completo del tema es necesario acudir a las obras fundamentales de la historia de México.

Pedro Henríquez Ureña. Las corrientes literarias en la América Hispánica. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. México, D. F., 1949.

Pedro Henríquez Ureña. *"Historia de la cultura en la América Hispánica". Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, México, D. F., 1947.*

Manuel González Calzada. *Las Casas, el Procurador de los Indios.* Talleres Gráficos de la Nación. México, D. F., 1948.

Agustín Rivera. *La filosofía en la Nueva España, o su disertación sobre el atraso de la Nueva España en las ciencias filosóficas. Precedida de dos documentos.* Lagos, Tip. de Vicente Veloz a cargo de A. López Arce. 1885.

Juan Hernández Luna. *Dos ideas sobre la filosofía en la Nueva España.* Universidad Nacional Autónoma de México, 1959.

Gabriel Méndez Plancarte. *Humanismo mexicano del siglo XVI.* Introducción, selección y versiones de Gabriel Méndez Plancarte. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1946.

Oswaldo Robles. *Filósofos Mexicanos del siglo XVI. Contribución a la historia de la filosofía en México.* Librería de Manuel Porrúa, 5 de Mayo 49-6. México, D. F., 1950.

Documentos para la historia de la cultura en México. Una biblioteca del siglo XVII. Catálogo de libros expurgados a los jesuitas en el siglo XVIII. Archivo General de la Nación. Universidad Nacional Autónoma de México, Imprenta Universidad Nacional Autónoma de México, Imprenta Universitaria. México, 1947.

Monelisa Lina Pérez-Marchaurd. *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición.* El Colegio de México, 1945.

Gabriel Méndez Plancarte. *Humanistas del siglo XVIII.* Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1941.

Francisco Bulnes. *La Guerra de Independencia. Hidalgo-Iturbide.* México, D. F. Talleres Linotipográficos de "El Diario". 1910.

Alfonso Teja Zabre. *Vida de Morelos. Nueva versión.* Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Historia. Dirección General de Publicaciones. México, 1959.

Porfirio Parra. *Sociología de la Reforma.* Empresas Editoriales, S. A. México, D. F., 1948.

Vicente Lombardo Toledano. "El sentido humanista de la Revolución Mexicana". *Revista Universidad de México.* Tomo 8, número 2, diciembre de 1930.

Leopoldo Zea. *El positivismo en México.* (Tomo primero). 1943. *Apogeo y decadencia del positivismo en México.* (Tomo segundo). El Colegio de México. 1944.

Francisco I. Madero. *La Sucesión Presidencial en 1910.* México. Librería de la Viuda de Ch. Bouret.

Jesús Sotelo Inclán. *Raíz y razón de Zapata*. Editorial Etnos. México, 1943.
Andrés Molina Enríquez. *Los grandes problemas de México*. México. Imprenta de A. Carranza e Hijos. 1909.
Vicente Lombardo Toledano. *Lo que vive y lo que ha muerto de la Constitución de 1857*. Tres conferencias sustentadas en la Universidad Obrero de México, durante el mes de mayo, de 1957. *Problemas de México*, N. 6. México, D. F.
Vicente Lombardo Toledano. "Espiritualismo versus materialismo dialéctico". En la obra: *Escritos Filosóficos*. Publicaciones de la Universidad Obrera de México. México, D. F., 1937.
Vicente Lombardo Toledano. *Carta a la juventud sobre la Revolución Mexicana, su origen, desarrollo y perspectivas*. Editorial del Magisterio. México, D. F., 1960.
Vicente Lombardo Toledano. *En torno al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética*. Ediciones del Partido Popular. México, D. F., 1957.
Vicente Lombardo Toledano. *Teoría y práctica del movimiento sindicad mexicano*. Editorial del Magisterio. México, 1961.
Partido Popular Socialista. *La perspectiva de México. Una democracia del pueblo*. México, D. F., 1956.
Partido Popular Socialista. *Tesis sobre México*. Varias ediciones.
Partido Popular Socialista. *¿Qué es el Partido Popular Socialista?*. México, D. F., 1960.
Partido Popular Socialista. *Avante*. Órgano de la Dirección Nacional Ejecutiva del Partido Popular Socialista.
José Luis Ceceña Gámez: *El capitalismo monopolista y la economía mexicana*. (En imprenta).

Con motivo del CX aniversario del natalicio de Vicente Lombardo Toledano, este Centro de Estudios publica, dentro de la colección Obra Temática de Vicente Lombardo Toledano, la tercera edición de su libro *La izquierda en la historia de México*.

Esta publicación contiene entrevistas realizadas al autor y artículos elaborados en los años sesenta, como podrá constatarse por la fecha de cada uno de ellos, relativos a los asuntos concernientes a la situación de la izquierda en México. Tres cuestiones fundamentales son el objeto de estos estudios: la definición y la unidad de la izquierda; la alianza de las fuerzas democráticas en un gran frente nacional para emancipar a México del imperialismo, y la línea estratégica y táctica de la izquierda en un país semicolonial como el nuestro.

Estos materiales tenían como objetivo precisar la opinión de Vicente Lombardo Toledano sobre la definición de la izquierda y quiénes y cómo, desde su punto de vista, deberían trabajar en una acción común para la defensa y el progreso independiente de México.

Este Centro de Estudios considera muy oportuno difundir esta obra ya que, a la luz de la realidad de nuestro tiempo, representa una valiosísima fuente para el estudio, tanto de sus tesis respecto del desarrollo independiente de nuestro país, particularmente de su lucha contra el imperialismo, como sus propuestas de solución a los principales problemas económicos, políticos, sociales y culturales de México y América Latina.

sep